

## CAPÍTULO 4: 1 – 12.

### III. EXHORTACIONES A LOS QUE RECIBEN LA GRACIA. 4: 1 a 6: 20.

#### 1.- Exhortaciones a la unidad cristiana. 4: 1-16.

Así como en la Epístola a los Romanos Pablo dedica los capítulos 1 al 11 a una exposición doctrinal profunda y muy consistente, termina esa sección con el jubiloso himno de alabanza que acabamos de leer y luego dedica los capítulos 12 al 15 a las implicaciones prácticas de lo doctrinal, así también en la Epístola a los Efesios ha tratado en los capítulos 1 al 3 doctrinas cardinales de la fe cristiana, ha terminado esa sección con el himno de alabanza de 3: 21 - 22 y procederá ahora a referirse a la aplicación de aquellas doctrinas a la vida práctica.

Este esquema general es muy común en las cartas de Pablo, pero no por eso hay que pensar que es un esquema rígido que utiliza mecánicamente, como un autómatas. En realidad las partes doctrinales de sus epístolas abundan en inferencias prácticas y las partes prácticas son reforzadas con referencias continuas a las grandes verdades de la fe. Es, por eso, un completo error creer que sólo porque un escrito no sigue tal esquema no es de Pablo. Los seres humanos somos muy complejos y pueden existir múltiples razones que en un caso particular nos hagan actuar de un modo diferente a lo habitual.

El esquema que sigue Pablo generalmente es el resultado de un hecho de importancia fundamental: “que la doctrina cristiana, aceptada de corazón, debe producir sus frutos en la vida práctica” (Bonnet y Schroeder). Así como todo fruto proviene naturalmente del árbol que lo produce, así la vida cristiana debe ser el resultado normal de lo que creemos de verdad. De modo que cuando algo falla en nuestra conducta es porque hay alguna falla en nuestra fe, que puede ser superficialidad, descuido, convicción meramente mental e, incluso, lisa y llanamente, incredulidad e irregeneración.

Sin embargo, la verdad no produce santidad automáticamente. La santidad se va desarrollando en nosotros sólo mediante rudos e incesantes combates, a través de tentación continua. Solemos ser inconsecuentes cuando se trata de negarnos a nosotros mismos y de no seguir nuestras propias tendencias e inclinaciones. Por eso en esta segunda sección Pablo desciende hasta el detalle insignificante, para que no ocurra que no nos demos cuenta de los resultados o aplicaciones que debe tener en nuestra conducta de cada momento lo que creemos de verdad.

#### **Versículo 1.**

**“Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que sois llamados”.**

**“Yo, pues, preso en el Señor, os ruego”.** En el original, “ruego” está al comienzo, por lo cual es muy enfático: Desea tan intensamente la gloria de Dios promovida por el bien espiritual de los creyentes, que no manda o impone arbitraria o tiránicamente, sino que ruega con inmensa ternura, pero también con mucha fuerza, como si dijéramos: “A son de trompeta”.

**“Pues”:** “en vista de lo dicho anteriormente”. No tiene importancia si se refiere a todo lo tratado en los primeros tres capítulos o sólo a 3: 21. Lo que sí importa es que este “pues” indica una conclusión extremadamente importante, como el “así que” de Romanos 12. 1; (“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto”).

Esta conclusión es que la doctrina, creída de corazón, tiene que producir su efecto en la vida: la conducta recta y buena es el resultado de la fe verdadera, así como la higuera produce higos. “Los deberes siempre se basan en doctrinas, el credo determina la conducta, la fe se manifiesta en la vida” (Erdman). Pero la verdad no produce santidad automáticamente, aunque es su fundamento necesario: La santidad se desarrolla mediante la victoria en combates incesantes, en medio de pruebas y tentaciones continuas, vencidas por la gracia de Dios, mediante la fe, con la cual colaboramos con nuestra sincera aceptación de la voluntad de Dios y nuestra obediencia.

Como somos inclinados a actuar inconsecuentemente, es decir, en oposición o desacuerdo con lo que profesamos creer, cuando se trata de obedecer renunciando a nosotros mismos o negándonos a nosotros mismos y contrariando nuestras inclinaciones naturales, el apóstol procede a precisar hasta en los menores detalles los resultados o implicaciones morales de las grandes doctrinas expuestas en los primeros tres capítulos.

#### **“Preso en el Señor”:**

Por segunda vez recuerda y apela a su condición de prisionero (3:1). El original dice: “el prisionero, es decir, el prisionero por excelencia, aquél cuyas cadenas eran conocidas por toda la Iglesia y hasta en el palacio imperial (“Y quiero, hermanos, que sepáis que las cosas que me han sucedido, han redundado más en provecho del evangelio, de manera que mis prisiones han sido célebres en Cristo en todo el pretorio y a todos los demás y muchos hermanos en el Señor, tomando ánimo con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor” Filipenses 1: 12-14”).

Es prisionero “en el Señor”. no quiere decir que era un preso por estar en el Señor, como si todos los que están en Cristo fueran prisioneros, sino por causa del Señor y de su obra, por su dedicación a él, como una especie de comunión de sufrimientos con el Señor. Es por causa del servicio de Cristo que está encadenado noche y día a un soldado romano, pero soporta esa pesada cadena alegremente por amor a Cristo y a su pueblo: “se gloria en sus cadenas más que un rey en su corona” (Teodoro). Este encarcelamiento, que le impedía ministrar mediante su presencia física a las iglesias, le daba mucha fuerza a su mensaje escrito, de modo que no menciona repetidamente este hecho para despertar compasión, sino para dar más peso o autoridad a su exhortación, como siempre ocurrirá con los que sufren por el Señor. Consideremos, por ejemplo, el caso de Nicolás Khrapov, de la Iglesia Subterránea de la ex Unión Soviética, en tiempos del gobierno comunista, quien fue arrestado la última vez (después de varios arrestos anteriores) el 3 de marzo de 1980. Seis semanas después falleció su esposa y el 16 de noviembre de 1982, mientras todavía permanecía en prisión, fue él también a las mansiones celestiales, a los sesenta y ocho años de edad. Esto le da gran autoridad al siguiente testimonio:

“Un día, durante una requisa en el campo de concentración, los oficiales me preguntaron: ¿Tienes algún libro? Pensé un instante y luego respondía. Sí, tengo tres libros muy valiosos. Se sorprendieron mucho y quisieron registrarme inmediatamente, pero les dije: Por más que hagan todo lo posible, no pueden confiscar estos libros. El primero es la Biblia, que he leído desde mi niñez y está en mi corazón, de donde no me la pueden quitar. El segundo libro es el Libro de la Vida, que está en el cielo, allí está escrito mi nombre. No pueden confiscarlo, porque no está en la tierra, sino en el cielo, en el trono de Dios. El tercer libro es el de mi propia vida cristiana y en él está la historia de todo aquello por lo cual he atravesado. Quiero servir a Dios con todo mi corazón hasta el día que él me llame para ir al cielo. Gracias a Dios que a pesar de las continuas dificultades nuestras iglesias están creciendo. Y gracias a Dios también que las filas están siendo completadas con muchos jóvenes que aprecio tanto. ¡Qué el nombre de Dios sea santificado y que venga su reino y que su voluntad sea hecha en la tierra como en el cielo!”.

¿Podemos nosotros testificar con igual fuerza?

Esta circunstancia dura en su vida demostraba la importancia efectiva que tenían las doctrinas e instrucción que Pablo había dado a las iglesias, puesto que permitían soportar y justificaban tales padecimientos. En otras palabras: Está preso por una gran causa, una causa que justifica sufrir así.

Hay que hacer presente que Pablo no buscaba el sufrimiento, en este caso, el encarcelamiento, en forma voluntaria, pero cuando se producía, en la providencia de Dios, lo aceptaba con gozo por ser tenido por digno de sufrir por el Señor; lo aceptaba por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. **Bienaventurados sois cuando os vituperaren y os persiguieren y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo. Gozaos y alegraos; porque vuestra merced es grande en los cielos, que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” Mateo 5: 10-12.** Así pues, aunque sea menos importante, Pablo menciona también su encarcelamiento, para que la consideración acerca de sus sufrimientos y sus duros sacrificios produzca en sus lectores el mismo sentimiento y les dé ánimo para soportar las duras pruebas inseparables de la vida cristiana.

**“Que andéis como es digno de la vocación con que sois llamados”.**

Esta vocación o llamamiento es la posición que tenemos ante Dios por haber creído y aceptado efectivamente a Cristo como nuestro Salvador, posición que ha sido expuesta en los capítulos anteriores de esta carta:

- a) Hemos sido llamados por el Espíritu Santo, mediante la Palabra de Dios, para participar de la gracia de Dios;
- b) Hemos sido sellados con él y disponemos de su omnipotencia;
- c) Somos parte de la Iglesia, de la hermandad de todos los salvados;
- d) Tenemos el privilegio de revelar, de dar a conocer, las virtudes de Cristo y de predicar el evangelio a todo el mundo;
- e) Compartimos la gloria eterna del Señor.

En una palabra, nuestra vocación es ser HIJOS DE DIOS, ya que uno de los aspectos principales de nuestra salvación es que el Altísimo ha prometido ser nuestro Dios: **“Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres y morará con ellos y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será su Dios con ellos” (Apocalipsis 21:3); Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios...** (I Juan 3:1).

Esto no significa que estamos llamados a ser hijos de Dios en el mismo sentido en que Jesucristo es Hijo de Dios, porque en su caso “Hijo de Dios” es sinónimo de “Dios”. Nosotros no somos llamados a ser dioses, sino a integrar la familia de Dios, de la cual Cristo es el Primogénito y el hermano mayor.

Como hemos sido llamados a ser hijos, nuestra conducta debe expresar esa relación filial. Tenemos que vivir de acuerdo con una filiación tan alta, sirviendo como hijos, no como esclavos llenos de temor, que creen que Dios es un amo cruel, que quiere castigarlos y dañarlos, como un tirano (Lacy). Como hijos somos libres (**“Y el siervo no queda en casa para siempre, el hijo queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” Juan 8: 35, 36**), libres del poder del pecado, así como de su culpa, libres de ritos y ceremonias, libres de poder eclesiástico o civil arbitrario, tiránico u opuesto a Dios. Servimos a Dios como hijos en la casa de su padre, por amor, no por temor.

El significado figurado de “andéis” es bien conocido: se refiere al comportamiento diario, habitual, a aquello que es más común en la experiencia cotidiana. La imagen evoca entonces a uno que avanza cuidadosamente, paso a paso. Todo esto se relaciona con la “rutina común, la tarea diaria” (Erdman). Es decir, el comportamiento digno de hijos de Dios a que hemos sido llamados debe manifestarse no sólo en los grandes asuntos de la vida, sino en todo aspecto de ella, incluso en los pequeños actos y deberes de cada momento.

La importancia de esto se aprecia por el hecho de que esta exhortación es la introducción a los tres capítulos siguientes, que, en el fondo, no son sino el desarrollo y la aplicación de esta idea y, en segundo lugar, por los muchos pasajes paralelos que encontramos en toda la Biblia, como, por ejemplo:

- “Los que a Jehová amáis, aborreced el mal” Salmo 97: 10a;**
- “No pondré delante de mis ojos cosa injusta” Salmo 101: 3a;**
- “Guárdate que no haya en tu corazón perverso pensamiento”**  
**Deuteronomio 15: 9a;**
- “Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo”**  
**Colosenses 1: 10a;**
- “Solamente que converséis (os comportéis) como es digno del**  
**evangelio de Cristo” Filipenses 1: 27a;**
- “Que nos salvó y llamó con vocación santa” II Timoteo 1: 9a;**
- “Y os protestábamos que anduviereis como es digno de Dios, que**  
**os llamó a su reino y gloria” I Tesalonicenses 2: 12;**
- “... que nuestro Dios os tenga por dignos de su vocación” II**  
**Tesalonicenses 1: 11; y, especialmente:**
- “El que dice que está en él, debe andar como él anduvo” I Juan 2: 6.**

A continuación Pablo se refiere a este andar como es digno de nuestra vocación en cuatro aspectos de la vida:

- a) En relación con la unidad de la Iglesia (4: 2-16);
- b) En relación con nuestra pureza como miembros de la sociedad humana (4:17 a 5:21);
- c) En relación con nuestra familia (5:22 a 6:9); y
- d) En relación con nuestra lucha como cristianos (6:10-20).

**Versículo 2:**

**Con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportando los unos a los otros en amor”.**

No debe olvidarse que el tema de esta carta es: La iglesia el cuerpo de Cristo. Por eso la primera consecuencia de andar como es digno de la vocación con que somos llamados se refiere a la Iglesia, a su unidad. Para esto es esencial la humildad y la mansedumbre. Es decir, humildad y mansedumbre perfectas producen perfecta unidad. Como aquí en la tierra siempre serán imperfectas, la unidad de la Iglesia visible siempre será imperfecta. Pero debemos crecer en humildad y mansedumbre y así crecerá también la unidad de la Iglesia.

Antes del advenimiento del cristianismo, además de que no se apreciaba la humildad y la mansedumbre, se las consideraba defectos. El cristianismo las ha exaltado, aunque el común de la gente y, desgraciadamente, muchos cristianos también siguen despreciándolas de hecho.

Como la pobreza DE espíritu, que es un modo de referirse a la torpeza y la necedades, y la ambición frecuentemente militan contra la unidad y se cuentan entre los peores tropiezos para ella, Pablo se refiere primeramente a sus contrarios: la humildad, que es pobreza EN espíritu, y la mansedumbre.

La humildad proviene de un sentido de dependencia como criatura y de indignidad como pecador ante Dios, es decir, es la baja estimación de nosotros mismos “fundada en la conciencia de culpabilidad y debilidad y, como consecuencia, la disposición a no buscar la alabanza, ni que nuestra persona o nombre sean notorios” (Lacy). Encontramos muchos pasajes bíblicos que se refieren a esto:

**“¿Cuánto menos el hombre, que es un gusano, y el hijo del hombre, también gusano?” Job 25: 6;**

**“Oh Jehová, ¿qué es el hombre, para que de él conozcas? ¿O el hijo del hombre, para que lo estimes? El hombre es semejante a la vanidad, sus días son como la sombra que pasa” Salmo 144: 3-4;**

**“Porque ¿quién soy yo y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes? Porque todo es tuyo y lo recibido de tu mano te damos” I Crónicas 29: 14;**

**“¿Gloriaráse el hacha contra el que con ella corta? ¿se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve? Como si el bordón se levantase contra los que lo levantan, como si se levantase la vara: ¿no es leño?” Isaías 10: 15;**

**“Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es ordenar sus pasos” Jeremías 10: 23;**

**“Y yo sé que en mí (es a saber en mi carne) no mora el bien...” Romanos 7: 18.**

La humildad sincera nos hace desconfiar de nosotros mismos y hasta sentir disgusto de nosotros mismos y vigilar cuidadosamente nuestro temperamento y nuestros motivos. No significa esto que ciega o hipócritamente nos autoconvenzamos de que somos inferiores en todo a los demás o que lo digamos así, sin creerlo, sino que tengamos una aguda conciencia de que, por una parte, por muy hábiles, diestros o capaces que seamos para hacer algo, nunca lo haremos en forma perfecta y, por otra parte, de que siempre habrá otros que lo harán mejor que nosotros o, de que, aunque realmente superemos a otros en algo, siempre esos otros nos superarán en otras virtudes o capacidades.

El término original denotaba poco más que debilidad, pero la virtud cristiana implica gran fuerza de carácter, objetividad y claridad mental para juzgarse a sí mismo y a los demás, o para valorarse a sí mismo y a los demás, adecuadamente. Por lo tanto no implica apocamiento y derrotismo, sino: Yo no puedo, pero **“todo lo puedo en Cristo, que me fortalece”**.

Se notará fácilmente que la humildad se opone al egoísmo, al amor propio y a la autoestima, tan ensalzada por el humanismo en boga y en todo tiempo por el hombre carnal. Nadie se engañe: no es humilde quien posee mucho amor propio, tiene un elevado concepto de sí mismo o una elevada autoestima, ni tampoco es humilde el que jamás pide perdón definitivamente, sin excusas, por sus faltas. Pedir disculpas no es lo mismo: se piden disculpas cuando se ha cometido un error involuntario. Cuando se ha cometido una falta voluntaria lo único que corresponde es pedir perdón.

Podemos apreciar la enorme importancia que tiene la humildad a la vista de Dios como expresión de nuestro andar como es digno de hijos de Dios por el número de veces en que se nos exhorta a ser humildes o se enumeran las bendiciones que proviene de ella:

**“...delante de la honra está la humildad” Proverbios 15: 33b;**

**“Antes del quebrantamiento se eleva el corazón del hombre y antes de la honra es el abatimiento” Proverbios 18: 12;**

**“Porque el que ensalzare, será humillado y el que se humillare será ensalzado” Mateo 23: 12;**

**“Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes” Santiago 4:6;**

**“Humillaos delante del Señor y él os ensalzará” Santiago 4: 10;**

**“La soberbia del hombre le abate, pero al humilde de espíritu sustenta la honra” Proverbios 29: 23;**

**“Y observando cómo escogían los primeros asientos a la mesa, propuso una parábola a los convidados, diciéndoles: Cuando fueres convidado de alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más honrado que tú esté por él convidado y viniendo el que te llamó a ti y a él, te diga: Da lugar a éste y entonces comiences con vergüenza a tener el lugar último, Más cuando fueres convidado ve y siéntate en el postrer lugar, porque cuando viniere el que te llamó te diga: Amigo, sube arriba. Entonces tendrás gloria delante de los que juntamente se asientan a la mesa. Porque cualquiera que se ensalza, será humillado y el que se humilla será ensalzado” Lucas 14: 7-11;**

**“... cualquiera que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado” Lucas 18: 14;**

**“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” Mateo 5: 3;**

**“Vestíos pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de tolerancia” Colosenses 3: 12;**

**“Nada hagáis por contienda o por vanagloria, antes bien en humildad, estimándoos inferiores los unos a los otros” Filipenses 2: 3;**

**“Digo pues por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con templanza, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno... Unánimes entre vosotros, no altivos, mas acomodándoos a los humildes. No seáis sabios en vuestra opinión” Romanos 12: 3, 16;**

**“Así que, cualquiera que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos” Mateo 18: 4;**

**“Cualquiera que recibiere este niño en mi nombre, a mí recibe y cualquiera que me recibiere a mí, recibe al que me envió, porque el que fuere el menor entre todos vosotros, éste será el grande” Lucas 9: 48;**

**“Y dijo Samuel: Siendo tú pequeño en tus ojos ¿no has sido hecho cabeza a las tribus de Israel...?” I Samuel 15: 17;**

**“La altivez de los ojos del hombre será abatida y la soberbia de los hombres será humillada y Jehová solo será ensalzado en aquel día... Y la altivez del hombre será abatida y la soberbia de los hombres será humillada y solo Jehová será ensalzado en aquel día” Isaías 2: 11, 17;**

**“Igualmente, mancebos, sed sujetos a los ancianos y todos sumisos unos a otros; revestíos de humildad, porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Humillaos pues bajo la poderosa mano de Dios, para que él os ensalce cuando fuere tiempo” I Pedro 5: 5-6;**

**“Ciertamente él escarnecerá a los escarnecedores y a los humildes dará gracia” Proverbios 3: 34;**

**“Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita en la eternidad y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados” Isaías 57: 15;**

**“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas” Mateo 11: 29;**

**“Haya, pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios, sin embargo se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho, semejante a los hombres y hallado en la condición como hombre se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz” Filipenses 2: 5-8;**

**“Oh hombre, él te ha declarado que sea lo bueno y qué pida de ti Jehová: solamente hacer juicio y amar misericordia y humillarte para andar con tu Dios” Miqueas 6: 8;**

**“El deseo de los humildes oíste, oh Jehová, tú dispones su corazón y haces atento tu oído” Salmo 10: 17;**

**“...Dios salvará al humilde de ojos” Job 22: 29;**

**“Porque Jehová toma contentamiento con su pueblo, hermoseará a los humildes con salud” Salmo 149: 4;**

**“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado, al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” Salmo 51: 17;**

**“Mi mano hizo todas estas cosas y así todas estas cosas fueron, dice Jehová, mas a aquel miraré que es pobre y humilde de espíritu y que tiembla a mi palabra” Isaías 66: 2;**

**“Encaminaré a los humildes por el juicio y enseñaré a los mansos su carrera” Salmo 25: 9;**

**“Cuando viene la soberbia viene también la deshonra, mas con los humildes es la sabiduría” Proverbios 11: 2;**

**“Riquezas y honra y vida son la remuneración de la humildad y del temor de Jehová” Proverbios 22: 4; etc.**

¡Treinta citas! Y sin duda que hay muchas más. ¡Si este hecho no toca nuestro corazón, mostrándonos cuán grave es nuestra falta de humildad y que constituye una gravísima falta en nuestro andar cotidiano, falta que debe y puede ser corregida por el poder de Dios, entonces no hay esperanza alguna de que lleguemos a conocer el gozo y la luz de andar como es digno de la vocación con que somos llamados!

Lo contrario de la humildad es la soberbia y el orgullo, que son inherentes a la naturaleza humana caída. Por eso, solo la gracia de Dios, obrando mediante la omnipotencia del Espíritu Santo en nosotros puede hacernos humildes. Para crecer en humildad necesitamos antes que nada conciencia de que fallamos, tal vez gravemente, en esto. El reconocimiento de que no somos todo lo humildes que deberíamos ser es el primer e indispensable paso para crecer en humildad. E inmediatamente después se necesita la continua oración de fe. El Espíritu Santo, que mora en nosotros nos advertirá siempre contra el orgullo y la soberbia y nos incentivará a la humildad. Por eso, además de orar, tenemos que estar alertas para oír esa voz, que es interior Y por la Palabra de Dios, y dispuestos a obedecerla. Es necesario considerar continuamente nuestros defectos, fallas, caídas y limitada capacidad propia y los méritos y capacidades ajenas, para no caer en la tentación de enaltecernos, todo esto objetiva y sinceramente, sin exagerar en uno u otro sentido. De todos modos el orgullo natural es tan poderoso, que sólo la omnipotencia divina nos puede hacer humildes. Sin embargos, se requiere que nosotros estemos de acuerdo con nuestro Dios, para dejarnos humillar.

**“El pecado (en este caso particular, el orgullo) es el enemigo de la nueva naturaleza, tanto como lo es del alma del cristiano y su única seguridad consiste en escuchar el llamado de la nueva naturaleza y clamar a Cristo para que haga efectiva su victoria en nosotros. Así se nos exhorta en **Hebreos 4: 16: Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro**”.**

Cuando más necesidad tiene el alma es cuando está bajo los asaltos de pecados que ejercen mucha influencia sobre ella, cuando “la carne” codicia contra el “espíritu, Pero es precisamente entonces cuando podemos contar con la ayuda adecuada y oportuna de Cristo para tener socorro y alivio. La nueva naturaleza suplica con suspiros y gemidos para que el creyente recurra a Cristo. No tomarle en cuenta, con todas sus provisiones de gracia, cuando está llamándonos: **“Ábreme... porque mi cabeza está llena de rocío, mis**



**cabellos de las gotas de la noche” (Cantares 5: 2)** es despreciar los suspiros del pobre prisionero, de la nueva naturaleza, que el pecado está tratando de destruir y es una terrible ofensa contra el Señor.

Al comienzo, Dios proveyó a Adam y Eva con una gracia que estaba en ellos mismos, pero ellos la desecharon y cayeron en la más tremenda miseria. Para que sus hijos no perecieran otra vez, Dios, en lugar de impartirles PERSONALMENTE el poder para vencer el pecado y a Satanás, colocó su gracia en OTRO, un “Tesorero” seguro: en Cristo, en quien sus vidas están seguras (**“Porque muertos sois y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” Colosenses 3: 3**). ¡Cómo nos mirará Cristo, si, en lugar de recurrir a él, dejamos que el pecado entristezca nuestra conciencia, destruya nuestra paz y dañe nuestra comunión! Eso no es sólo un pecado de debilidad, que no podemos evitar, sino también una dolorosa afrenta a Cristo. Los medios para ser preservados del pecado (el orgullo, en este caso) están a la mano. Cristo está siempre a nuestro alcance. Está siempre listo **“para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2: 18)**. ¡Quiera el Señor que recurramos a él cada vez más, diariamente, EN TODO! Entonces todos podremos decir: **“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4: 13)**. (A. W. Pink).

Es por su misericordia que Dios permite que suframos pruebas y aflicciones, porque de ese modo nos “empuja” para ser humildes:

**“Yo también habré andado con ellos en contra y los habré metido en la tierra de sus enemigos y entonces se humillará su corazón incircunciso y reconocerán su pecado” (Levítico 26: 41);**

**“Si yo cerrare los cielos, que no haya lluvia, y si mandare a la langosta, que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo, si se humillare mi pueblo, sobre los cuales mi nombre es invocado y oren y buscaren mi rostro y se convirtieren de sus malos caminos, entonces yo oiré desde los cielos y perdonaré sus pecados y sanaré su tierra” (II Crónicas 7: 13-14);**

**“Escuchad y oíd; no os elevéis, pues Jehová ha hablado. Dad gloria a Jehová Dios vuestro, antes que haga venir tinieblas y antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad y esperéis luz y os la torne sombra de muerte y tinieblas. Mas si no oyereis esto, en secreto llorará mi alma a causa de vuestra soberbia y llorando amargamente se desharán mis ojos en lágrimas, porque el rebaño de Jehová fue cautivo. Di al rey y a la reina: Humillaos, sentaos en tierra, porque la corona de vuestra gloria bajó de vuestras cabezas” (Jeremías 13: 15-18);**

**“Acuérdate de mi aflicción y de mi abatimiento, del ajeno y de la hiel. Tendrálo aún en memoria mi alma, porque en mí está humillada” (Lamentaciones 3: 19-20).**

¿Cuántos de nuestros sufrimientos serán expresión de la buena mano del Señor para con nosotros, que quiere con ellos producir en nosotros esta virtud excelentísima de la humildad?

Véase el caso de Moisés:

**“Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en sus dichos y hechos. Y cuando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino voluntad de visitar a sus hermanos los hijos de Israel. Y como vio a uno que era injuriado, defendiéndole e hiriendo al egipcio, vengó al injuriado. Pero él pensaba que sus hermanos entendían**

**que Dios les había de dar salud por su mano; mas ellos no lo habían entendido”.**

**“Toda la sabiduría de los egipcios”.** Esto incluía una educación que exaltaba extraordinariamente el orgullo de casta. Pero Dios le humilló. Tuvo que huir y vivió cuarenta años de obscuridad, al cuidado de unas pocas ovejas en el desierto. ¿Cuántas veces se habrá dicho: Y para esto estudié y me esforcé tanto? Pero notemos el resultado de la disciplina de Dios:

**“Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que venga a faraón y saque de Egipto a los hijos de Israel?” (Éxodo 3:11).**

En todo verdadero regenerado siempre existirá un anhelo, que puede ser más o menos fuerte, de ser humilde y un pesar sincero por cada acto o pensamiento contrario a ese anhelo. Si a alguien esto no le importa, le tiene sin cuidado o está decidido a persistir en el orgullo sin estar dispuesto a librar ningún combate verdadero por llegar a ser humilde ES MUY PROBABLE QUE NO SEA SALVO, NO HAYA NACIDO DE NUEVO. Estas personas a lo más pueden sentir pesadumbre por los males que se acarrearán a sí mismos o a los demás por su orgullo, pero no les importa que sea una ofensa contra su Creador.

En todo lo dicho debe tomarse en cuenta y tenerse muy presente:

**“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso, ¿quién lo conocerá?” Jeremías 17: 9.**

Existe una estrecha relación entre humildad y mansedumbre, ya que una humildad verdadera se expresa principalmente en mansedumbre. La mansedumbre es una disposición suave, blanda, unida a fuerza de carácter, por lo cual no debe ser confundida con debilidad.

Tuve un compañero de estudios que era extraordinariamente violento. A la menor provocación, aunque fuera completa y claramente inintencionada, reaccionaba con inusitada violencia. Un día se convirtió al Señor y cambió completamente. Se encontraba en Asunción, Paraguay, como misionero y allí salía a predicar al aire libre, con un grupo de creyentes. En cierta ocasión, mientras predicaban, un hombre comenzó a insultarlos y a procurar interrumpir la predicación por todo medio a su alcance. Entonces mi amigo se acercó al hombre y con mucha energía le dijo: “Usted es un cobarde, actúa así como lo está haciendo, porque sabe que nosotros no le vamos a agredir”. ¡Qué contraste con su vida pasada! Esa es la mansedumbre que produce el Señor: firme, enérgica, pero pacífica.

En forma muy precisa, la mansedumbre es el fruto de una sumisión completamente confiada en Dios y la benevolencia y dominio propio frente a las provocaciones de los demás, que resultan de esa sumisión confiada: me insultan, maltratan, calumnian, me ofenden y yo, en lugar de reaccionar con ira, con violencia física o verbal, con rencor, remito la causa al que juzga todo rectamente, quien ha prometido que velará por mí, que estará siempre conmigo:

**“Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí, porque en ti ha confiado mi alma y en la sombra de tus alas me ampararé, hasta que pasen los quebrantos. Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que me favorece. Él enviará desde los cielos y me salvará de la infamia del que me apura...” (Salmo 57: 1-3).**

Hay muchos otros salmos que expresan lo mismo.

Desafortunadamente, muy a menudo tomamos esas provocaciones en nuestras propias manos y perdemos completamente de vista “al Dios que me favorece”.

Dicho de otro modo, la mansedumbre es la disposición de no irritarse, de no buscar venganza ni desquite, de no hacer mal a otros. En Proverbios 16: 32 se destaca cuánta fuerza de carácter requiere esa conducta:

**“Mejor es el que tarde se aíra que el fuerte y el que se enseñorea de su espíritu que el que toma una ciudad”.**

Nuestro Señor Jesucristo es el ejemplo más excelente de esta mansedumbre:

**“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11: 29).**

Él tenía un completo dominio propio aun ante las peores vejaciones; nunca retornaba maldición cuando era maldecido; remitía su causa al que juzga rectamente; perdonó y rogó el perdón para los que lo mataban; era valiente y tenía gran fuerza de carácter:

**“Y aconteció que, como se cumplió el tiempo en que había de ser recibido arriba, él afirmó su rostro para ir a Jerusalem” (Lucas 9: 51); “He aquí subimos a Jerusalem y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles” (Marcos 10: 32).**

Sin embargo, su mansedumbre no era incompatible con la dura reprensión a los que la merecían:

**“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que de fuera, a la verdad se muestran hermosos, mas de dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad... ¡Serpientes, generación de víboras! ¿cómo evitaréis el juicio del infierno?” Mateo 23: 27 y 33).**

El que es manso piensa tan poco en sus derechos como el humilde en sus méritos. Voluntariamente está dispuesto a hacerse a un lado y dejar el lugar a otros cuando NO HAY INTERESES MÁS ALTOS que sus propios derechos en juego. El manso igual que el humilde, está contento con ocupar el último lugar y parecer nadie a la vista de los demás.

Si hubiera más de esta mansedumbre en todos nosotros, serían destruidas en germen muchas rencillas y contiendas, antes de brotar y serían arrancadas muchas “raíces de amargura”:

**Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor, mirando bien que ninguno se aparte de la gracia de Dios, que ninguna raíz de amargura brotando, os impida y por ella muchos sean contaminados” Hebreos 12: 14-15.**

La unidad de la iglesia requiere humildad y mansedumbre como fundamento básico y obligado. Todo sentido de que somos importantes, toda ambición de ocupar cargos para tener alguna clase de poder, toda ansia de ser aplaudidos, así como toda reacción violenta y todo espíritu rencoroso y vengativo deben ser aniquilados en nosotros, para que seamos instrumentos de paz y unidad y, por lo tanto, instrumentos para la gloria de Dios, lo cual debe ser nuestro propósito más elevado en la vida y en la iglesia.

¡Qué ninguno de nosotros se engañe: una persona iracunda, rencorosa, vengativa o violenta no es mansa y si no es mansa, no es humilde y Dios

resiste a los soberbios! No podemos esperar dos bendiciones tan preciosas de Dios, como son la paz y el gozo si permitimos (y peor, si cultivamos) las plantas venenosas del orgullo y de la falta de mansedumbre en nuestros corazones. Podemos vivir así, y realmente a menudo vivimos así, pero eso no nos permitirá disfrutar del gozo del cielo que nuestro Padre quiere darnos ya ahora.

Todos sabemos cuán poderosa y devastadora es la pasión interior que nos lleva a no ser mansos (y especialmente en los menos mansos). Es una falla que hay que entregar al Señor en oración, confiando en la gracia que nos ha dado y en el poder sin medida que está en nosotros, si somos hijos de Dios. No hay que olvidar que hay que creer lo que dice Santiago 5: 16b:

**“La oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho”**, en vez de abandonarnos a la desesperación y a la impotencia ante nuestro carácter natural. Y luego, después de haber orado, y confiando en la omnipotencia de Dios, que está a nuestra disposición, porque somos sus hijos, tenemos que resistir al diablo con la Palabra de Dios. Así puede el Señor aquietar nuestro espíritu y preservarnos de una reacción violenta, injuriosa, rencorosa o vengativa y si no lo hace, aunque sea con los puños apretados, y mordiéndonos los labios y con los ojos dilatados y brillantes de lágrimas y llameantes de indignación y rabia, callémonos y enseguida, en la “cámara secreta”, postrémonos ante el Señor y derramemos nuestro corazón en oración. Basta una oración sencilla, directa, con completa fe de que él lo hará, porque esta es siempre su voluntad: ¡Señor, hazme manso!, ¡Señor, hazme humilde! Esto hay que repetirlo cada vez que sea necesario, probablemente hasta el final de nuestros días en esta tierra. Sin falta, al fin, él derramará su bálsamo en nuestros corazones y, apaciguados, volverá la paz y el gozo del Señor, que es nuestra fortaleza, y habremos subido un escalón más en nuestra vida cristiana. Habremos ganado una batalla, pero la lucha se reanudará una y otra vez, mientras estemos en esta tierra.

**“Con paciencia soportando los unos a los otros”**. Pablo presenta ahora el antídoto contra una causa de división diferente de la anterior (que eran necedad y ambición).

Se trata ahora de la impaciencia y del resentimiento, cuyo antídoto es la paciencia, la tolerancia y, especialmente, el amor. Si sostenemos sinceramente un alto ideal cristiano y nos juzgamos estrictamente a nosotros mismos, podemos muy fácilmente ser llevados a una conciencia muy sensible en relación con la maldad del mundo y del prójimo y esto a una actitud dura, incomprensiva, parcial e injusta, que sólo un amor grande y sincero puede temperar. Ocurre también que las personas de naturaleza suave y tranquila, que son reacias a condenar, suelen ser igualmente lentas para perdonar. De ahí que sean tan necesarias estas virtudes que se ejercen en relación con el prójimo a diferencia de la humildad y la mansedumbre, que son también un especial y maravilloso don del Espíritu Santo, pero que se refiere a nosotros mismos.

Sin embargo, existe una estrecha relación entre mansedumbre y paciencia. Por eso el apóstol las une aquí.

Paciencia es la virtud que consiste en soportar sin alterarse los infortunios, trabajos y otras dificultades o la demora en obtener lo que se desea (que puede ser, precisamente, la solución de un problema o dificultad o el término de un infortunio). Es lo opuesto a alterarse a causa de cualquier cosa

esperada que demora en llegar o en producirse, lo que habitualmente se traduce en ira o enojo.

La paciencia debe ser puesta en acción y esa paciencia activa se llama tolerancia, la cual consiste en “soportarse los unos a los otros”, en tener respeto y consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás, aunque sean contrarias o estén en conflicto con la nuestras. La expresión más elevada de esta tolerancia es la capacidad de seguir amando, a pesar de observar o sufrir faltas de los demás que nos desagradan u ofenden. Como la tolerancia es una manifestación especial del amor, no significa lo anterior que debemos permitir indolentemente que nuestro hermano prosiga en una conducta o en un error que le perjudican, sino en tal caso debemos corregirle con humildad, con manifiesto amor por él y no con amor propio nuestro herido, considerando nuestras propias fallas y errores. Esto es lo que enseña nuestro Señor Jesucristo en el Sermón del Monte, en Mateo 7: 3-5.

**“Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano y no echas de ver la viga que está en tu ojo? O ¿cómo dirás a tu hermano: Espera, echaré de tu ojo la mota y he aquí la viga en tu ojo? ¡Hipócrita! echa primero la viga de tu ojo y entonces mirarás en echar la mota del ojo de tu hermano”.**

Al corregir tenemos que tener un cuidado extremo en no querer imponer nuestras propias opiniones o conductas a los demás. Es muy fácil atribuir a la voluntad de Dios lo que no es más que nuestra propia opinión, deseo o voluntad. Por eso, al corregir, meditemos profundamente en la Palabra de Dios, con ferviente oración, para que seamos instrumentos en las manos del Señor para bendición de su pueblo y no intransigentes amadores de nosotros mismos, que confundimos nuestra propia voluntad con la de Dios.

La paciencia y la tolerancia, tanto como la humildad y la mansedumbre, sólo pueden ser fruto de una poderosa obra del Espíritu Santo en el corazón de los nacidos de nuevo y resultan de una íntima comunión con Cristo. Existe una grave falla en esa comunión en todos los impacientes e intolerantes. El modo de crecer en paciencia y tolerancia es, precisamente, intensificar, mantener una comunión viva con nuestro Salvador.

Si recordamos que el amor es ese sentimiento que nos impulsa a unirnos con personas o cosas y, cuando se trata de personas, a procurar por todos los medios el bien de ellas, nos daremos cuenta inmediatamente por qué Pablo termina con el amor esta enumeración de las virtudes necesarias para edificar y fortalecer la unidad de la iglesia.

En Colosenses 3: 12-14:

**“Sufriéndoos los unos a los otros y perdonándoos los unos a los otros, si alguno tuviere queja del otro; de la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas, vestíos de caridad (amor), la cual es el vínculo de la perfección”.**

Se ve que el amor es la suma y esencia de todas las virtudes que producen la unidad, porque el apóstol dice que por **“sobre todas estas cosas”** (sobre la misericordia, la benignidad, la humildad, la mansedumbre, la tolerancia, el perdón) está el amor. Este es el fundamento, lo que motiva, lo que les da vida a

los demás virtudes. Es lo que nos permite superar tanto las pequeñas provocaciones, como las graves ofensas que no pueden evitarse en las relaciones humanas, ni siquiera en las mejores sociedades, debido a que las formamos hombres y mujeres pecadores, débiles, imperfectos. Pero el amor **“todo lo sufre”, “todo lo soporta”**. Es el amor el que hace posible y cuán fácil la paciencia y la tolerancia. Así ocurre con los esposos que se aman mucho y, especialmente, con las madres respecto a sus hijos.

Juan Crisóstomo escribió: “Únete estrechamente a tu hermano. Los que están unidos estrechamente en amor soportan fácilmente todas las cargas. Únete a él y él a ti. Tú puedes hacerlo, porque al que quiero puedo hacerlo fácilmente mi amigo”.

“Soportar los defectos del prójimo por insensibilidad, por debilidad de carácter, por complacencia meramente humana, por honestidad, por hipocresía farisaica, nada tan común; pero hacerlo por amor verdadero, por amor cristiano, nada más escaso” (Quesmel).

Hay que tener muy presente que todo lo anterior se refiere a las relaciones interpersonales, pero no se aplica de modo alguno cuando están en juego el honor de nuestro Dios o la verdad de las Escrituras o la pureza efectiva de la iglesia, aunque toda reprensión siempre debe ser hecha con amor. La tolerancia del mal y del error efectivo es complicidad con ellos.

### **Versículo 3.**

**“Solicitos a guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”.**

#### **“La unidad del Espíritu”.**

Es la unidad producida por el Espíritu Santo. Es la unidad que se origina en una acción del Espíritu Santo. Es, pues, una unidad espiritual basada en los grandes bienes celestiales que tenemos todos los creyentes, los que se expondrán a continuación, y en las virtudes enumeradas en el versículo 2. Por lo tanto, no es una mera unidad externa, visible, material, de organización, una clase de “unidad” que suele disfrazar u ocultar las más profundas divisiones y enemistades. A modo de ejemplo, y a causa de la unidad visible monolítica que pretende la Iglesia Católico-romana, citaré lo siguiente respecto a las reyertas de las órdenes religiosas católicas durante la Colonia, en Chile: “Las disensiones intestinas sólo las distraen las riñas con las demás órdenes... la más variada y extensa gama de rivalidades y peleas, casi siempre a brazo partido y con regueros de sangre en la contienda... Con el recrudecimiento de las hostilidades, mercedarios, dominicos y franciscanos sea aliaron contra agustinos y jesuitas; pero todos los choques palidecen en violencia comparados con el que sostuvieron los franciscanos contra las monjas clarisas” (Resumen de la Historia de Chile. Encina-Castedo. Páginas 244-5. Zigzag. Octubre de 1984).

Por ser “del Espíritu” o espiritual, esta es una unidad esencial, una unidad de vida, de simpatía, de interés común, de objetivo, que puede manifestarse o no mediante una organización externa, en la forma del culto o en un credo o declaración de fe escrita. Por eso existe efectivamente entre cristianos unidos a diversas instituciones u organizaciones eclesiásticas. No excluye ni la diversidad, ni la libertad. Naturalmente que su realidad espiritual

siempre buscará manera de manifestarse exteriormente en alguna forma y de ello somos responsables los creyentes. Aunque es asunto de prudencia, conveniencia y hasta necesidad, que quienes no comparten iguales puntos de vista sobre los sacramentos o sobre la organización eclesiástica o la disciplina o no sostienen un mismo sistema teológico se agrupen en organizaciones diferentes, lo que contribuye precisamente a conservar la paz, no debemos permitir por ningún motivo que dichas diferencias secundarias de puntos de vista nos dividan o separen espiritualmente de NUESTROS HERMANOS que piensan diferente, despreciándolos, menospreciándolos, burlándonos o atacándolos y, menos todavía, odiándolos, por esa diferencia de opiniones o, incluso, de personalidades. Debe tenerse presente que estos asuntos secundarios no carecen de importancia, sino que por no ser la Biblia tan clara y terminante sobre ellos, sinceros y fieles cristianos podemos diferir, a veces grandemente, en nuestra comprensión de ellos.

Al contrario, debemos extender fraternalmente la “diestra de compañía” a aquellos hermanos que no piensan como nosotros en materias de esta clase. Pero no quiere decir que la unidad espiritual deba manifestarse en una gran y monstruosa organización visible, que pretenda unir en yugo desigual a fieles e infieles, en nombre de la unidad y de la fraternidad del género humano, como pretende el Movimiento Ecuménico. La oración de nuestro Señor Jesucristo, en Juan 17, se refiere a la unidad espiritual, no a la unidad externa y en ella Jesucristo hace una marcada diferencia entre los “suyos”, que son aborrecidos por el mundo, y “el mundo”. El Movimiento Ecuménico no es del Señor, porque es calurosamente aplaudido por el mundo, que ama lo suyo, pero los verdaderos hijos de Dios debemos expresar real y celosamente la esencial unidad entre nosotros en toda forma posible y en cada ocasión que se presente.

Tan fundamentalmente importante es esta unidad que no sólo aquí, sino también en Corintios 1: 10:

**“Os ruego pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa y que no haya entre vosotros disensiones, antes seáis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”;**

y en Filipenses 2: 1-2:

**“Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún refrigerio de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algunas entrañas y misericordias, cumplid mi gozo, que sintáis lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa”,**

Pablo comienza por ella las exhortaciones sobre la clase de vida que debemos vivir los creyentes y también hace lo mismo el Espíritu Santo cuando quiere presentar al mundo la iglesia como debe ser:

**“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunión y en el partimiento del pan y en las oraciones. Y toda persona tenía temor y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Y todos los que creían estaban juntos y tenían todas las cosas comunes y vendían las posesiones y las haciendas y repartíanlas a todos, como cada uno había menester. Y perseverando unánimes cada día en el templo y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo gracia con todo el pueblo. Y el Señor**

**añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 2: 42-47);**

**“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía, mas todas las cosas les eran comunes. Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran esfuerzo y gran gracia era en todos ellos, que ningún necesitado había entre ellos, porque todos los que poseían heredades o casas, vendiéndolas, traían el precio de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles y era repartido a cada uno según que había menester” Hechos 4: 32-35) (A. Monod).**

Hay un lazo o atadura que como una fuerte cuerda, como una cordada de escaladores, debe mantener unidos a los creyentes: Es el vínculo de la paz, que es la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la tolerancia y, principalmente, el amor, puesto que éste es “el vínculo de la perfección” y el fundamento de la paz, como vimos en Colosenses 3: 14 y 15. Si estas virtudes gobiernan efectivamente nuestras vidas, constituirán un fuerte lazo que evitará toda clase de contiendas, divisiones y separaciones. Viviremos en paz unos con otros y, por eso, verdaderamente unidos.

Esta unidad es el fruto de la acción del Espíritu Santo en cada creyente. Es, por tal motivo, real e indestructible. No existe unidad efectiva sin esa acción. Es un don de Dios, algo que tenemos necesariamente por ser parte del cuerpo de Cristo. Sin embargo se requiere un esfuerzo consciente para mantenerla y aumentarla, por que, aunque estamos perfectamente justificados por la fe, en nuestra condición actual todavía está presente en nosotros el pecado. Por este motivo, todo creyente puede aumentar u obstaculizar la unidad según obre por amor o se deje dominar por la carne, el orgullo, la ambición, el egoísmo o la necesidad.

“Solícitos” significa “diligentes, cuidadosos, atentos, vigilantes”. La unidad la tenemos por ser salvos, pero podemos obscurecerla, hasta hacerla casi imperceptible, por lo cual tenemos que vigilar, estar atentos a nuestras propias reacciones, sentimientos y acciones, para que se manifieste efectivamente, para la gloria de Dios y para nuestra tranquilidad y felicidad.

No sólo el pecado presente todavía en nosotros es un obstáculo para la manifestación o expresión de esa unidad invisible e indisoluble, sino también la casi infinita variedad de maneras de ser, de gustar y de personalidad de los que componemos la iglesia y la gran diversidad de condiciones de los que la integramos: hombres y mujeres, sabios y no sabios, letrados e iletrados, instruidos e ignorantes, ricos y pobres, campesinos y habitantes de las ciudades, de diferentes razas, naciones, idiomas, culturas, etc. Todo esto nos muestra por qué, a pesar de nuestro nuevo nacimiento, es tan difícil conservar la armonía en la iglesia. Verdaderamente se requiere un esfuerzo consciente de nuestra parte, esfuerzo persistente, con una decisión inquebrantable de ser instrumentos de paz, y por eso de unidad, y con una perseverancia verdaderamente heroica, puesto que tenemos que enfrentarnos valientemente no contra un enemigo externo, sino contra nosotros mismos en lo que somos por naturaleza y esto durante toda la vida, cada día, cada momento, de nuestra existencia en la tierra, como hijos de Dios. Este esfuerzo, este combate será completamente inútil si lo hacemos confiados exclusivamente en nuestra propia



capacidad, como he dicho repetidamente en relación con otros aspectos de la vida cristiana. Para conseguir su objetivo esta lucha tiene que partir de la confianza, de la fe, en que la unidad es un indestructible don de Dios y que, por lo tanto, no depende de nuestra simple voluntad y de que nuestro decidido esfuerzo será eficaz únicamente por el poder del Espíritu Santo, que mora en nosotros, es decir, en que es la omnipotencia divina la que nos dará la victoria. Ninguna victoria de esta clase será definitiva aquí en la tierra, por lo cual la fe y la acción tenemos que ejercitarlas constantemente.

Existen numerosos paralelos e ilustraciones de que sin Dios nada podemos hacer de que, sin embargo, tenemos que actuar con esfuerzo y decisión en todo aquello que es de don de Dios. El paralelo más notable es II Timoteo 2: 1:

**“Pues tú, hijo mío, esfuérgate en la gracia que es en Cristo Jesús”.**

Si la gracia es el favor inmerecido de Dios, ¿por qué debemos esforzarnos en ella? ¿No deberíamos dejar que operara automáticamente, sin ninguna intervención nuestra? En la salvación de nuestra alma no podemos intervenir absolutamente en nada, puesto que hasta la fe, por la cual aceptamos a Cristo como Salvador y Señor, es un don de Dios, como vimos en 2: 8, pero en la vida cristiana tenemos que actuar, aunque esta acción no se basa jamás en capacidad propia, sino en el favor inmerecido de Dios, que nos capacita para actuar de acuerdo a su voluntad.

Un ejemplo poderoso de este hecho, entre muchos otros, es la toma de Jericó por Josué. De principio a fin esto fue obra de Dios solo, sin ningún auxilio humano, que habría sido completamente ineficaz, impotente, dada la debilidad de Israel y lo poderoso de las murallas y defensas de Jericó. Las murallas cayeron por una intervención directa del Señor. Sin embargo, él mismo ordenó rodear en silencio la ciudad una vez al día, durante seis días y siete veces el séptimo día y gritar fuerte al unísono y tocar las trompetas al terminar la última vuelta. Nadie podrá imaginar que fue el ruido producido lo que hizo caer los fuertes muros y, sin embargo, fue la expresa voluntad de Dios que lo hicieran. Tampoco Josué ni el pueblo entendieron, sin duda, por qué Dios les ordenó actuar así, pero sabían que él lo había ordenado y obedecieron, porque confiaban, es decir, tenían fe, en él. Así tenemos que hacerlo para expresar externamente la unidad que tenemos con Cristo.

Así pues, debemos luchar a brazo partido por mantener y acrecentar la manifestación externa de la unidad espiritual que ya tenemos en Cristo los que somos verdaderamente salvos, pero sólo Dios será el que la mantenga y aumente. Nuestro esfuerzo indica que, a lo menos, somos sinceros al desear la paz y unidad, a pesar de la oposición de nuestra naturaleza carnal y que nos doblegamos de corazón a su voluntad. ESTO NO ES FÁCIL NI SENCILLO.

Este versículo nos insta a mantener la unidad que ya poseemos y por eso debemos “guardarla” con cuidado vigilante. “Precisamente porque ha sido garantizada, porque el Espíritu la ha producido, porque es un hecho glorioso, urge a los creyentes a manifestar la virtud y a que hagan el esfuerzo con que se podrá mantener y manifestar” (Erdman).

Los versículos 1 al 2 se refieren a las virtudes que debemos practicar para que la unidad pueda ser expresada hacia el exterior. Los versículos 4 al 5 se refieren a su fundamento. Estos dos versículos constituyen una breve declaración de fe, un credo. El evidente ritmo del pensamiento (la persona única del Espíritu Santo rodeada de dos elementos de unidad ligados

inseparablemente a él: un cuerpo, una esperanza; la persona única del Hijo, seguida de dos elementos de unidad ligados a él: una fe, un bautismo; y la persona única del Padre, solo, porque por sí mismo es un triple lazo de unión de los suyos: sobre, por y en todos) sugiere un himno, lo cual se puede deber a que esto haya sido parte de alguno de los primitivos himnos que se desarrollaron rápidamente en la iglesia desde el comienzo, como nos informan Efesios 5: 19:

**“Hablando entre vosotros con salmos, himnos y canciones (odas: composición poética muy elevada) espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”**

Y Colosenses 3: 16:

**“La palabra de Cristo habite en vosotros en abundancia en toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos los unos a los otros con salmos e himnos y canciones espirituales, con gracia cantando en vuestros corazones al Señor”.**

También puede deberse este ritmo del pensamiento a que Pablo fuera poeta y tuviera el hábito de cantar. Cualquiera sea el caso, no cabe duda de que le gustaba expresar sus sentimientos mediante cánticos que elevaran el alma y el pensamiento a Dios y que así exhortaba a hacerlo al pueblo de Dios, como se nota en las citas de Efesios y Colosenses transcritos más arriba.

Muchos de los grandes siervos de Dios han apreciado grandemente el canto sagrado y han incentivado al pueblo cristiano a cantar con toda el alma y el espíritu, es decir, dejando que los pensamientos expresados en completo acuerdo con las Escrituras llenen de entusiasmo y comuniquen la verdad divina en forma muy intensa e íntima, grabándola en el corazón. Entre estos grandes hombres de Dios estuvieron Lucero, Calvino, los Wesley, el Dr. Gresham Machen, el Dr. Carl McIntire y muchísimos más.

Para mí, personalmente, el himno N° 200 de El Himnario me ha sido de indecible bendición en medio de pruebas muy duras y dolorosas:

“Cuando tema que la fe  
Me podrá faltar,  
Cristo con su gran poder  
Me sustentará.  
Él me sostendrá,  
Él me sostendrá;  
Porque me ama el Salvador,  
Él me sostendrá.

¡Cuántos se han convertido al oír un himno cantado con el corazón! En Chillán se convirtió una jovencita que amaba tocar el piano. Cuando su padre lo supo, le prohibió terminantemente ir a la iglesia. Ella le dijo que no podía obedecer en esto. Entonces el padre le dio un mes de plazo para que renunciara a su fe. En caso contrario tendría que irse del hogar. Fueron treinta días de intenso sufrimiento para ella y su madre. Cuando se cumplió el plazo, el padre la llamó y le preguntó qué había decidido. Ella le respondió que aunque la amaba mucho, amaba más a su Salvador, por lo cual no podía renunciar a su fe. Enseguida le rogó a su padre que la dejara tocar el piano por última vez, antes de irse. Se lo permitió su padre y, sentándose al piano tocó y cantó:

“Mas cerca, oh Dios, de ti  
Anhelo estar,

Aunque en acerba cruz,  
Me haya de alzar;  
Con gozo aún entonces  
Será mi canto así:  
Más cerca, sí, más cerca,  
Mi Dios, de ti.

Al terminar de cantar el himno los tres estaban llorando, y su padre la abrazó y tanto él como su esposa aceptaron a Cristo como su Salvador.

Conocí a un anciano venerable que cada Domingo de Resurrección pasaba de madrugada frente a mi casa, desfilando junto con el Ejército de Salvación. Su voz sobresalía sobre la de los jóvenes: ¡Aleluya! Cristo ha resucitado! Un día, en un culto de aniversario de la Primera Iglesia Metodista Independiente, de Santiago, le escuché contar su testimonio:

Cuando joven había sido un borracho perdido: Un domingo, borracho como siempre, se encontraba en la Quinta Normal. Escuchó una música que le atrajo. Se acercó para escuchar mejor, pero muy pronto se quedó dormido. Eran los hermanos del Ejército de Salvación. Cuando despertó, ya despejados y escuchó la invitación final, aceptó al Señor y en ese mismo momento se acabó un borracho para siempre.

Nótese que Pablo enumera las doctrinas de este credo sin ningún comentario, lo cual sugiere que no eran necesarios, por estar la iglesia o las iglesias, a la cual se dirigía la carta perfectamente adoctrinadas en lo fundamental. Lo mismo sugiere su primera carta a los Tesalonicenses, escrita probablemente unos seis meses después de la fundación de la iglesia allí. Todo esto nos enseña el empeño con que debemos adoctrinar, ya que sólo con sana doctrina, firmemente establecida en el corazón podemos ser cristianos (y por consiguiente, iglesias) incommovibles en el Señor, inmunes a todo asalto de falsas doctrinas, aunque sean enseñadas por el diablo disfrazado de ángel de luz:

**“Porque estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, transfigurándose en apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz. Así que, no es mucho si también sus ministros se transfiguran como ministros de justicia, cuyo fin será conforme a sus obras” II Corintios 11: 23-15;**

**“Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas y darán señales grandes y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aún a los escogidos” Mateo 24: 24.**

**Versículo 4:**

**“Un cuerpo y un Espíritu, como sois también llamados a una misma esperanza de vuestra vocación”.**

**“Un cuerpo”.**

La idea predominante es que se refiere al conjunto de todos los creyentes verdaderos, lo que es, propiamente, la Iglesia. Los miembros de este cuerpo están unidos vitalmente a Cristo y, por esa razón existe una unión orgánica entre ellos, por lo cual lo que afecta a un miembro (sea algo bueno o

malo) los afecta a todos, como ocurre con la correlación interorgánicas de nuestros cuerpos físicos. El lazo de unión entre los miembros es de carácter espiritual y misterioso, por lo cual se le llama “cuerpo místico de Cristo”. Este cuerpo místico es actualmente el reino de Dios, donde Cristo reina en la vida de cada uno de sus miembros. Por estar formados así, este cuerpo es indivisible, uno solo (que es lo que aquí está destacando el apóstol). Por eso no se puede identificar este cuerpo con ninguna de las organizaciones cristianas que se llaman “iglesias” a sí mismas, porque hay muchos miembros de estas iglesias que no pertenecen al cuerpo único de Cristo, porque no han nacido de nuevo, mientras que, por otra parte, hay en la mayoría de esas organizaciones (y tal vez en todas) algunos miembros verdaderos de ese cuerpo único, como pueden existir algunos que no pertenezcan a ninguna.

El hecho de que una persona pertenezca a este cuerpo invisible y único depende del hecho objetivo que Cristo fue muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación y de la aplicación efectiva de sus méritos a nosotros por el Espíritu Santo, valiéndose como instrumento de la fe, y sólo de la fe, y por lo cual Dios lo ha adoptado como hijos, según vimos en 1: 5.

Por lo tanto, sólo Dios conoce en su totalidad a este cuerpo místico y sólo él, y cada creyente verdadero, sabe si pertenece o no al cuerpo. Como todo esto es obra de Dios, no existe poder alguno que pueda separar del cuerpo a un miembro verdadero y, por lo mismo, este cuerpo es indivisible. Las iglesias que profesan ser cristianas, y que lo son en mayor o menor grado, pueden dividirse, soportar cismas, pueden injustamente separar de su comunión a un verdadero creyente y, por eso, ninguna de ellas es en realidad y en su totalidad el cuerpo de Cristo. Que Pablo usa este término (cuerpo) para referirse al conjunto de creyentes en sus relaciones con Cristo y entre sí se dice claramente en Romanos 12: 5:

**“Así muchos somos un cuerpo en Cristo, mas todos miembros los unos de los otros”;**

en I Corintios 10: 17:

**“Porque un pan es que muchos somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel un pan”;**

en I Corintios 12: 12-27:

**“Porque de la manera que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, empero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un cuerpo, así también Cristo. Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, ora judíos o griegos, ora siervos o libres y todos hemos bebido de un mismo Espíritu, pues ni tampoco el cuerpo es un miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como quiso. Que si todos fueran un miembro ¿dónde estuviera el cuerpo? Mas ahora muchos miembros son a la verdad, empero un cuerpo. Ni el ojo puede decir a la mano: No te he menester; ni asimismo la cabeza a los pies: no tengo necesidad de vosotros. Antes, mucho más los miembros del cuerpo que parecen mas flacos (débiles) son necesarios; y aquellos del cuerpo que**

**estimamos ser más viles, a estos vestimos más honrosamente y a los que en nosotros son menos honestos, tienen más compostura. Porque los que en nosotros son más honestos, no tienen necesidad, mas Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se interesen los unos por los otros. Por manera que si un miembro padece, todos los miembros a una se duelen y si un miembro es honrado, todos los miembros a una se gozan. Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros en parte”; etc.**

De modo que el cuerpo de Cristo trasciende a todas las denominaciones cristianas, por una parte y, por otra, traza una línea divisoria clara y tajante con cualquier conjunto de seres humanos, como, por ejemplo, con la comunidad judía o musulmana o con los paganos, de la clase que sean. Los esfuerzos del Consejo Mundial de Iglesias y de los ecuménicos en general por establecer un lazo de unión con todas las religiones mediante el “diálogo” es un atentado contra el cuerpo de Cristo:

**“No os juntéis en yugo con los infieles, porque ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? ¿y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿y qué concordia Cristo con Belial? ¿o qué parte el fiel con el infiel? ¿y qué concierto el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré en ellos y seré el Dios de ellos y ellos serán mi pueblo. Por lo cual: Salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo y yo os recibiré y seré a vosotros Padre y vosotros me seréis a mí hijos o hijas, dice el Señor Todopoderoso” II Corintios 6: 14-18.**

De todo esto se concluye que existe una sola Iglesia, cuya unidad efectiva no es afectada por las muchas divisiones, sectas, cismas, denominaciones y nombres diferentes existentes entre los que profesan ser cristianos. Todos los miembros verdaderos de este cuerpo único deben creer en esa unidad y deben expresarla exteriormente mediante su conducta y servicio cristiano teniendo presente que a despecho de todas sus fallas, la unidad siempre existe entre los cristianos genuinos y nunca puede existir con aquellos que no son regenerados, ni nacidos de nuevo, conforme a las Escrituras y por obra del Espíritu Santo, aunque se establezcan todos los vínculos humanos que se quiera, tales como organizaciones visiblemente unitarias, diálogos, pactos o convenios, concilios o consejos o cualquiera otro que se pueda idear:

**Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son... Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo... No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” Juan 17: 9, 14, 16.**

Pablo nunca ora o ruega por la unidad de la iglesia, la da como un hecho y se goza en ella.

## **“Y un Espíritu”.**

El hecho de que haya un solo cuerpo verdadero de Cristo o, lo que es lo mismo, una sola Iglesia verdadera, se debe a la acción del Espíritu Santo, tanto porque es sólo por su acción eficaz que nuestros corazones han sido abiertos para que prestemos atención, entendamos y aceptemos personalmente el evangelio, como porque una vez nacidos de nuevo, y desde ese mismo instante, el Espíritu Santo vive en cada creyente y lo ha sellado como hijo (adoptivo) de Dios (Efesios 1: 13); I Corintios 12: 13;

**“Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él... y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de los muertos, vivificará vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” Romanos 8: 9, 11.**

“El Espíritu de Dios (es el) vínculo omnipotente, vivo e íntimo, que une necesariamente a todos los que él penetra, conduce y santifica” (Bonnet y Schroeder).

Es esta acción del Espíritu Santo lo que hace que el conjunto de todos los nacidos de nuevo formemos un solo cuerpo. Un cuerpo humano no es un simple agregado al azar de materia, ni es tampoco un simple mecanismo con la relación lineal característica (una pieza mueve a la siguiente y ésta a la siguiente, etc., pero no vice-versa) y con la necesidad de una fuente externa de energía para que pueda funcionar, sino un organismo en que todos los órganos están interrelacionados y obtiene su energía para funcionar por la acción del mismo organismo. De ahí que todo lo que entra en contacto con el cuerpo sin ser de él, por más estrecha que sea ese contacto, no lo hace parte del cuerpo. Lo que tocamos, aunque permanezca adherido estrechamente a nosotros a nuestra ropa, aunque adopte la forma de nuestro cuerpo se mueva con nosotros y adquiera la temperatura de nuestro cuerpo, no es parte de él. Lo que hace que algo sea parte del organismo que es el cuerpo humano es su espíritu que lo penetra, controla y vivifica en su totalidad, en cada una de sus partes. Lo que tocamos o la ropa que nos ponemos no tienen nuestro espíritu y, por eso, no son parte de nuestro cuerpo, como un dedo, la boca, los brazos o las piernas, que sí lo son. Así, el Espíritu Santo es omnipresente en cada creyente nacido de nuevo y si en alguien no lo está en la forma especial en que mora en el creyente, ese alguien no pertenece al cuerpo de Cristo:

**“... Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él” Romanos 8: 9b.**

Así como es la vida la que anima hasta las partes más insignificantes de nuestros cuerpos, y es el espíritu el que se expresa en voluntad, en formulación de objetivos y en capacidad para cumplirlos y así como es el espíritu el que gobierna las casi infinitas interrelaciones entre nuestros miembros y órganos por lo que somos un mismo cuerpo y no un montón de materia inerte o un mecanismo sin vida propia, así es el Espíritu Santo el que hace que todos los creyentes verdaderos seamos realmente un solo cuerpo.

Esto tiene a lo menos tres consecuencias:

1º ¿Soy yo una parte viva de la Iglesia? Si me he convencido de mi pecaminosidad, me he arrepentido de corazón, he creído que Jesucristo pagó por mí, ante el inflexible tribunal de Dios y le he aceptado sinceramente como mi propio Salvador, dándome a él, soy un miembro de ese cuerpo, porque en ese caso el Espíritu Santo vive en mí y es el lazo de unión con los demás miembros del cuerpo. En tal caso, recordemos Romanos 8: 16:

**“Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios”.**

¿Cómo? Mostrándonos que nuestra fe es sincera y CONFORME CON LAS ESCRITURAS, nuestros pecados han sido perdonados, hemos sido adoptados como hijos por Dios, hemos sido justificados (es decir, considerados justos a causa de la perfecta justicia de Cristo que nos ha sido DADA) y todo esto a pesar de nuestras fallas e imperfecciones. No es porque creemos que Dios contesta nuestras oraciones o porque SINTAMOS que nuestros pecados están perdonados o porque tengamos victoria sobre las tentaciones o porque tengamos paz o alegría, porque todo eso puede ser mera ilusión, fenómeno psicológico solamente, impresión errónea, experiencia pasajera o confianza sin fundamento.

Pero no olvidemos que un arrepentimiento sincero incluye la convicción mental de que somos pecadores y también pesar o dolor efectivo por nuestra condición pecaminosa (por ser ofensa contra un Dios inmensamente bueno) y decisión firme de renunciar y abandonar el pecado, por lo cual en el arrepentimiento entran en juego todos aquellos atributos que nos hacen personas (intelecto, emotividad, voluntad). El arrepentimiento es un acto de toda nuestra persona.

También debemos cuidar de no tomar esto livianamente. Es verdad que no necesitamos confesar nuestros pecados uno por uno, lo que, por lo demás, sería imposible, pero puede que algunos pecados nos hayan afectado especialmente y esos deben ser confesados expresa y decididamente a Dios. ¡Cuántos cristianos profesantes no han confesado jamás ni un solo pecado a Dios!. De ese modo, el pecado permanece en el corazón e imposibilita la bendición de Dios. La confesión sincera de pecado en general y de pecados particulares es altamente emocional, pero no solamente emocional. La confesión sincera incluye la restitución, cuando se justifica y es posible. Si hemos tenido un mal comportamiento con un prójimo cualquiera, sea hijo de Dios o no, el arrepentimiento incluye confesarle también a él nuestra falta y pedirle perdón sincera y humildemente. Si nos damos cuenta que tenemos algo en nuestro poder que no ha llegado legítimamente a nuestras manos, debemos devolverlo a su legítimo dueño.

2º Cada cristiano renacido tiene su lugar propio e insustituible en el cuerpo, por pequeño, insignificante e inútil que parezca ser, pero no por ser quién es, por su propio valor o falta de valor, sino porque el Espíritu Santo mora en él.

Desde ese punto de vista, cada cristiano es insustituible en el cuerpo, en la medida en que está exactamente en el lugar en que el Señor quiere que esté, usando los dones o talentos o ejerciendo el ministerio que Dios le dio. No se trata, entonces, sólo del hecho de que hagamos lo que hagamos y seamos quienes seamos, siempre habrá otros que puedan hacer lo mismo y a menudo

mejor que nosotros, sino si el lugar que ocupamos es exactamente aquel en que Dios nos ha puesto:

**“Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como quiso... Antes, mucho más los miembros del cuerpo que parecen más flacos (débiles) son necesarios” I Corintios 12: 18, 22.**

Este hecho hace que cada creyente sea necesario y que ninguno esté demás o no cuente. De ahí la exhortación de Hebreos 10: 25:

**No dejando nuestra congregación, como algunos tienen por costumbre, mas exhortándonos, y tanto más cuanto veis que aquel día se acerca”.**

La ausencia de cualquier hermano, y no sólo de los prominentes, se nota y entristece en alguna medida a los demás. Al culto asistimos para recibir bendición, pero también nuestra presencia es una bendición para los demás.

Es por la razón dicha más arriba que aquellos que tienen vida eterna se buscan instintivamente, sea que se encuentren casualmente, sea que vivan en medio de una comunidad cristiana donde la providencia de Dios les ha colocado. Muy carnal y a duras penas salvo tiene que ser un cristiano, si este instinto está tan obscurecido que prácticamente no se nota exteriormente. A menos que medien circunstancias extraordinarias, como un aislamiento forzado, ningún verdadero hijo de Dios puede decir que le basta adorar a Dios solo, que prefiere caminar solo con Dios, que no necesita de sus hermanos que se agrupan en una congregación local, porque la Biblia dice:

**“... y nosotros tenemos este mandamiento de él: que el que ama a Dios, ame también a su hermano” I Juan 4: 21.**

Somos salvos por una decisión absolutamente personal, que establece una relación personal con Dios, pero el desarrollo de nuestra vida cristiana requiere de nuestra relación de amor con nuestros hermanos.

Hacia 1955 el suboficial mayor Emilio Bustos estaba a cargo de un destacamento del Servicio Militar del Trabajo que estaba despejando el curso del río Palena. Allí, en medio del bosque se encontró con un leñador solitario. Bastó una breve conversación para reconocerse mutuamente como cristianos. Al leñador le habían robado el himnario, por lo cual el hermano Bustos tuvo el gozo de regalarle el suyo. En las semanas que siguieron ¡cuántas veces celebraron cultos gozosos los dos solos, cantando a todo pulmón entre los árboles centenarios!

En una gran orquesta sinfónica, mientras todos los numerosos instrumentos sonaban intensamente, el ejecutante del pequeño flautín pensó que no valía la pena tocarlo, porque su débil sonido no se oía, por lo cual dejó de tocarlo. Apenas había dejado de hacerlo cuando el director, indignado, impuso silencio y con voz tonante gritó: ¡Qué pasa con el flautín!

3º Toda actitud nuestra que perturba, dificulta o destruye la paz es un pecado contra el cuerpo de Cristo y, por esa razón, contra el Espíritu Santo (no blasfemia contra él). Nótese entonces cuán graves son esa clase de pecados, porque no son sólo contra uno o varios hermanos. Nuestra pertenencia al



cuerpo de Cristo, a la Iglesia, por el Espíritu Santo, es una poderosa demanda para que amemos a nuestros hermanos y vivamos en paz y armonía con ellos.

Esta unión en un cuerpo por el Espíritu Santo no se extiende a todos los seres humanos, porque es falso el principio humanista de la fraternidad universal de los seres humanos (como lo es el principio correlativo de la paternidad universal de Dios). Se nos exhorta a amar a todo el mundo:

**“... en el temor de Dios, amor fraternal y en el amor fraternal, caridad (amor)” I Pedro 1: 7,**

amor que se refiere a todo prójimo, puesto que no es lo mismo que amor fraternal, pero también a no unirnos en yugo desigual con los infieles:

**“No os juntéis en yugo con los infieles, porque ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? ¿y que comunión la luz con las tinieblas?” II Corintios 6: 14.**

El amor fraternal, por estar unidos por un mismo Espíritu, no se contrapone con el hecho de que “debemos contender eficazmente por la fe una vez dada a los santos” (Judas 3) y que esto pueda significar pronunciar duras reprensiones contra los apóstatas o contumaces:

**“Manteniendo la fe y buena conciencia, la cual echando de sí algunos, hicieron naufragio en la fe, de los cuales son Himeneo y Alejandro, los cuales entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar” I Timoteo 1: 19-20.**

O corregir con energía a los extraviados:

**“Este testimonio es verdadero, por tanto, repréndelos duramente, para que sean sanos en la fe” Tito 1: 13.**

Esta actitud puede parecer a muchos, desde afuera, sediciosa, desagradable, contenciosa o trastornadora de la paz:

**Mas no hallándolos, trajeron a Jasón y a algunos hermanos a los gobernadores de la ciudad, dando voces: Estos que alborotan el mundo, también han venido acá” Hechos 17: 6.**

**“Y presentándolos a los magistrados, dijeron: Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad” Hechos 16: 20.**

Recordemos las palabras de Jesucristo mismo:

**“No penséis que he venido para meter paz en la tierra, no he venido para meter paz, sino espada” Mateo 10: 34.**

En esta actividad de rechazo, denuncia y corrección del mal hay que pedir especial gracia del Señor, para no hacerlo por orgullo, por alto concepto de sí mismo, por natural espíritu combativo o hipócritamente:

**“No juzguéis, para que no seáis juzgados, porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados y con la medida con que medís os volverán a medir. Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano y no echas de ver la viga que está en tu ojo? O ¿cómo dirás a tu hermano: Espera, echaré de tu ojo la mota y he aquí la viga en tu ojo? ¡Hipócrita! Echa primero la viga de tu ojo y**

**entonces mirarás en echar la mota del ojo de tu hermano” Mateo 7: 1-5.**

(que requiere perentoriamente que saquemos la mota del ojo del hermano, pero que ANTES saquemos la viga del nuestro). El Señor quiere que denunciemos la herejía, la apostasía y que combatamos por la fe, pero con humildad y clara conciencia de nuestras fallas y limitaciones:

**“Digo pues por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con templanza, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” Romanos 12: 3;**

**“Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga” I Corintios 10: 12.**

Esto debemos hacerlo únicamente porque lo requiere la Palabra de Dios y con la mente del Señor, que no se complacía en que el mal reinara en el corazón de sus adversarios:

**“Y mirándolos alrededor con enojo, CONDOLECIÉNDOSE de la ceguera de su corazón” Marcos 3: 5a.**

Por lo tanto, debemos unirnos estrechamente a nuestros hermanos cristianos, viviendo en paz con ellos, lo que no excluye la reprensión humilde y sincera:

**“Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado” Gálatas 6: 1;**

**“Que el siervo del Señor no debe ser litigioso, sino manso para con todos, apto para enseñar, sufrido, que con mansedumbre corrija a los que se oponen, si quizás Dios les dé que se arrepientan para conocer la verdad y se zafen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él” II Timoteo 2: 24-26.**

A los que no pertenecen al cuerpo de Cristo tenemos que amarlos, principalmente procurando su salvación, pero sin asociarnos con ellos:

**“¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de concierto” Amós 3: 3.**

Y combatiendo con firmeza sus errores y herejías y reprimiendo con las armas espirituales sus actividades contrarias a la voluntad de Dios. Estas armas espirituales son la oración, la exposición de la Palabra de Dios y la denuncia respetuosa, pero firme y veraz, en forma hablada o escrita, de los errores y actividades inicuas de los que están fuera del cuerpo:

**“Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a usar de juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda” Judas 9.**

El Espíritu Santo nos une a todos los regenerados en un solo cuerpo y ese mismo hecho nos separa de los que no pertenecen al cuerpo, por lo cual tenemos deberes diferentes para con los demás miembros del cuerpo al que nosotros también pertenecemos de los que tenemos con los que no pertenecen a él.

La siguiente experiencia ilustra bien buena parte de lo dicho más arriba:

“Una mujer de nuestra iglesia había estado casada muy poco tiempo cuando se dio cuenta de que su esposo era homosexual. Poco después él la dejó. Cuando conversaba con ella, me dijo algo que nunca olvidaré: Después que me divorcié varios de mis amigos me visitaron y me dijeron que sabían que era homosexual. Cuando les pregunté por qué no me habían dicho nada me contestaron que creían que no era su problema.

Sus amigos habían estado terriblemente equivocados. Habían violado un principio bíblico.

Después de oír su historia resolví no permanecer jamás tranquilo simplemente observando a un amigo hacer lo que yo esté seguro que es malo. Esta resolución me ha hecho a veces muy impopular. Hay gente que se ha ido de mi iglesia debido a aquello con lo que les he confrontado. Pero cuando he empezado a pensar que tal vez podría haberme quedado callado, siempre he recordado a Salomón, que dijo **“El que reprende al hombre, hallará después mayor gracia que el que lisonjea con la lengua” Proverbios 28: 23.** (Carlos Stanley. Servant. Julio-agosto de 1990).

**“Como sois también llamados a una misma esperanza de vuestra vocación”.**

**“Esperanza”** no se refiere a algo incierto, que puede cumplirse o no, sino a algo seguro, pero que todavía no lo tenemos. Es esperanza sólo porque su cumplimiento se encuentra en el futuro. La certeza de lo que esperamos se debe a que depende de las promesas de Dios, que es fiel para cumplir lo que promete y que también tiene todo el poder para hacerlo. Si lo que esperamos dependiera de nuestra capacidad o fidelidad, sería completamente incierta, algo que podríamos no obtener jamás. ¡Cuánta seguridad y gozo debe producir entonces en nosotros el hecho de que nuestra esperanza es segura, porque reposa sobre las promesas, fidelidad inquebrantable y poder absoluto de Dios!

**“El cual también nos ha sellado y dado la prenda del Espíritu en nuestros corazones” II Corintios 1: 22.**

¿En qué consiste esta esperanza segura, pero no cumplida todavía? En la redención de nuestro cuerpo, es decir, en que seremos librados de la presencia del pecado, con su corrupción y muerte y con todo el sufrimiento que es su consecuencia necesaria:

**“Porque tengo por cierto que lo en este tiempo se padece no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada. Porque el continuo anhelar de las criaturas espera la manifestación de los hijos de Dios. Porque las criaturas sujetas fueron a vanidad no de grado, mas por causa del que las sujetó con esperanza. Que también las mismas criaturas serán libradas de la servidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen a una y a una están de parto hasta ahora. Y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza somos salvos, mas la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que alguno ve ¿a qué esperararlo? Empero si lo que no vemos esperamos, por paciencia esperamos” Romanos 8: 18-25.**

**“Y cuando esto corruptible fuere vestido de incorrupción y esto mortal fuere vestido de inmortalidad, entonces se efectuará la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte con victoria ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria? I Corintios 15: 54-55.**

**“Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos y la muerte no será más y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas son pasadas” Apocalipsis 21: 4.**

Esto se transformará en realidad actual cuando Cristo venga y se lleve a su Iglesia, por lo cual a la segunda venida de Cristo se la llama “aquella esperanza bienaventurada” (Tito 2: 13). Entonces será restaurada en nosotros la plena imagen de Dios, con su justicia y conocimiento:

**“Y como trajimos la imagen del terreno, traeremos también la imagen del celestial” I Corintios 15: 49;**

**“Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo” Romanos 8: 29.**

Además iremos al cielo a disfrutar de completa y perfecta comunión con el Señor, le veremos cara a cara y moraremos para siempre en su presencia, lo cual será lo más maravilloso que pueda sucedernos, a nosotros, criaturas insignificantes, pecadores y rebeldes. Si alguna vez nos hemos quedado extasiados, sin habla ante la hermosura de una caída de agua, de la cordillera nevada, del arbol o del arcoiris, podemos tener una débil idea del éxtasis perpetuo que será contemplar siempre la hermosura y la gloria de Dios:

**“Luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos, seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire y así estaremos siempre con el Señor” I Tesalonicenses 4: 17;**

**“Si alguno me sirve, sígame y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” Juan 12: 26;**

**“Y si me fuere y os aparejare lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” Juan 14: 3.**

Después de ver una vez “Es un pequeño mundo” en Disneyworld, uno desea verlo una y otra vez, por su encanto, y no se cansa de verlo otra vez. Sin embargo, se puede suponer que si se ve muchísimas veces terminará por aburrir. No así en el cielo. Su maravillosa hermosura se renovará siempre y nunca cansará ni aburrirá.

Esta es una grandísima esperanza, por lo cual decimos que es gloriosa. Esta esperanza es parte de nuestro llamamiento por el evangelio, por lo cual es una esperanza común y compartida por todos los nacidos de nuevo, es decir, cuando Dios nos llamó incluyó en ese llamado esta bendita esperanza. Puede ser que en algunos creyentes esta esperanza sea más fuerte que en otros, pero todos la tenemos, aunque es necesario cultivarla. Es un vínculo más de unidad, que debería ser un poderoso estímulo para mantener la paz y el amor con los que la tienen igual que nosotros. ¿Cómo podemos menospreciar, tener rencor, no amar sinceramente desde ahora a aquellos con los cuales pasaremos la eternidad?

#### **Versículo 5.**

##### **“Un Señor, una fe, un bautismo”.**

Pablo pasa ahora a mencionar el segundo grupo de factores de unidad de la Iglesia.

##### **“Un Señor”.**

Nótese el lugar central que ocupa Cristo, entre la esperanza y la fe, entre el Espíritu Santo y el Padre: es el Cordero “que está EN MEDIO del trono” (Apocalipsis 7: 17); es la figura central de las edades, con todo lo anterior mirando a un Redentor futuro y todo lo posterior mirando hacia atrás, a la redención consumada. Nuestra unión con él asegura nuestra unión con Dios y con nuestros hermanos elegidos como nosotros.

Hay un Espíritu Santo, que vive en nosotros y un Señor, que reina sobre nosotros. Tenemos una esperanza hacia cuyo seguro cumplimiento nos encaminamos y una fe por la cual vivimos.

**“Señor”** significa que Cristo es dueño, tiene derecho al dominio completo, absoluto de nuestras vidas, a nuestra obediencia total. Sólo podemos tener UN Señor así, porque este dominio se funda en el corazón enteramente dado o rendido a él, lo que excluye todo otro afecto de la misma clase. Por eso no podemos servir a dos señores:

**Ningún siervo puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro o se allegará al uno y**

**menospreciará al otro. No podéis servir a dios y a las riquezas”  
Lucas 16: 13,**

con el afecto exclusivo y excluyente que demanda el Señor y al cual tiene un doble derecho, como Creador y Redentor. Pero como Jesucristo no nos impone su derecho en forma tiránica o forzada, sino que quiere obtener nuestra completa obediencia y sumisión por amor, por gratitud intensa y ha hecho más que lo necesario para ganar nuestro amor apasionado por su abnegación, humillación, maravilloso ejemplo, pero sobretodo por sus indecibles sufrimientos y muerte substitucional y también por su continuo cuidado e intercesión por nosotros después de que hemos sido salvos, muchísimos creyentes rechazan su señorío, sea de hecho, deliberadamente, sea inconscientemente. Están satisfechos con Jesús como su Salvador y están prontos a reconocerle como tal, pero cuando les dice:

**“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas” Mateo 11: 29,**

se hacen los desentendidos y demuestran en ocasiones una actitud tan rebelde, una disposición tan inflexible a no obedecer, a no servir al Señor, a mantener una cerviz de hierro, indoblegable, que hasta puede hacernos dudar de su verdadera salvación, aunque un juicio sobre esto sólo le corresponde al Señor. Este es un sutil egoísmo y voluntad de agradarse sólo a sí mismos que está activo hasta en el camino de salvación que han profesado aceptar.

Esto produce falta de afecto a la iglesia, esa falta de voluntad para servir, esa desidia, flojera y deslealtad al Señor, que son la maldición no tanto de la iglesia como de los mismos voluntariosos y flojos, que rechazan en la realidad con sus hechos el señorío de Cristo. Este rechazo de hecho produce también la indiferencia por todo lo que no sea el interés personal o puramente local, con exclusión de lo que importe a los demás creyentes y a la obra del Señor en general. Un ejemplo de esto es la congregación que quiere reservar a su pastor exclusivamente para sí y le pone toda clase de dificultades para que desempeñe cualquier misión del Señor que no sea la atención exclusiva de ella. Esta miopía espiritual es fruto directo del rechazo del señorío de Cristo, aunque también de un interés circunscrito sólo al trabajo que NOSOTROS realizamos, sin que nos importe lo que hacen los demás o la relación de nuestro trabajo con el de toda la iglesia. Es posible que para algunos lo único importante sea la Escuela Dominical o el coro, o la Sociedad de Jóvenes, o la Sociedad Femenina, o la Sociedad de Caballeros, o algún local o grupo donde se desempeñan o cualquiera otra actividad especial.

Uno de los modos más efectivos y comunes de desechar el señorío de Cristo es persistir en vivir conforme al mundo o a la carne y no conforme al Espíritu. ¡Cuán rebeldes solemos ser en esto! En relación con el contexto, esta rebeldía se manifiesta especialmente en nuestras divisiones carnales, en el deseo de mandar, de dominar, de sobresalir, lo que atenta directamente contra la unidad y el amor fraternal.

Si realmente hemos aceptado a Cristo como Salvador, reconozcámosle como Señor, como Rey, de nuestra vida; dobleguemos a él nuestra voluntad y esto conducirá ineludiblemente a una unión con los demás creyentes

verdaderos, unión que glorificará a Dios y llenará de paz y gozo nuestros corazones. Así llegaremos a disfrutar sinceramente de la presencia y compañía de todos nuestros hermanos y el Día del Señor será una verdadera fiesta, no una pesada o aburrida obligación. Las alegrías y pesares de los otros creyentes serán efectivamente nuestras y Dios llenará nuestros corazones de felicidad inexpresable cada vez que podamos servirles y ayudarles. Los egoístas, que sólo se aman a sí mismos, que rechazan a los hermanos, porque le niegan a Cristo su derecho a reinar sobre ellos ¡qué desolada vida viven! ¡su alma es un seco desierto! Ignoran cuánto pierden con su infidelidad, por la cual rechazan o no reconocen en la práctica el señorío de Cristo.

### **“Una fe”.**

La fe puede ser considerada aquí en dos aspectos inseparables:

- a) Como lo que creemos, es decir, en su objeto; y
- b) En su naturaleza íntima, que afecta profundamente la conducta.

Cualquiera sea el aspecto considerado, debe serlo en relación con la unidad de los creyentes, puesto que se menciona aquí como factor de unidad.

En cuanto a su objeto o contenido, se refiere a un cuerpo de doctrina perfectamente definido, que es mencionado frecuentemente en el Nuevo Testamento:

**“Solamente habían oído decir: Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora anuncia la fe que en otro tiempo destruía” Gálatas 1: 23;**

**“Y crecía la palabra del Señor y el número de los discípulos se multiplicaba mucho en Jerusalem; también una gran multitud de los sacerdotes obedecía a la fe” Hechos 6: 7;**

**“Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros de la común salud, me ha sido necesario escribiros amonestándoos que contendáis eficazmente por la fe, que ha sido una vez dada a los santos” Judas 3,**

Aunque, tal vez, para muchos creyentes no estuviera tan claramente formulado como ahora.

Se hace énfasis en que es una sola: no hay varios credos igualmente verdaderos, hay uno solo: el que se enseña en las Sagradas Escrituras. Sin embargo, como no toda la enseñanza bíblica es igualmente clara y abundante, no siempre estamos seguros de cuál es exactamente el sentido de alguna de esa enseñanza. Por eso, y sólo en ese sentido, hablamos de doctrinas fundamentales y amplia tolerancia en lo secundario. Nadie que obre con plena buena fe puede entender esas doctrinas de otro modo que como se han llegado a entender con el correr de los siglos. Asuntos secundarios son la forma de los sacramentos, orden de los acontecimientos futuros, significado exacto de profecías no cumplidas todavía, etc.

En relación con las doctrinas fundamentales, el significado de “fe” es amplísimo. Muy somera e incompletamente podemos enumerar las siguientes:

La Biblia, la Palabra de Dios, divina, plenaria y verbalmente inspirada, única regla de fe y conducta;

El Dios único y tripersonal: Padre, Hijo y Espíritu Santo y su santidad, omnipotencia, omnipresencia, espiritualidad esencial, personalidad, justicia, bondad, soberanía, existencia real e independiente, etc.;

El ser humano como creación directa de Dios, a su imagen y semejanza, su caída y actual pecaminosidad esencial y su absoluta incapacidad propia para salvarse;

El Señor Jesucristo, eterna segunda persona de la Trinidad, Dios mismo; su nacimiento virginal, por lo cual se unió en una sola persona la naturaleza divina con la humana, sin confundirse; su vida inmaculada, con sus milagros de misericordia y como señal; sus enseñanzas, su muerte real expiatoria, substitucional o vicaria; su sepultura, resurrección literal, ascensión a los cielos, su obra actual allí a favor de los suyos; su regreso con gloria y majestad;

La salvación sólo por la fe y como resultado del arrepentimiento, la confianza en que Cristo ya pagó por todos nuestros pecados y la recepción en nuestro corazón de él como salvador personal;

La regeneración, justificación y santificación por obra del Espíritu Santo;

La eterna bienaventuranza de los salvados y la eterna condenación de los incrédulos, etc.

Esta fe única, considerada como creencias comunes, cuando es aceptada sinceramente y echa raíces sólidas en lo más profundo de nuestro ser, de nuestro corazón, de modo que sea una convicción por la que, y para la que, se vive y que caracteriza toda nuestra conducta es un poderosísimo factor de unidad. ¿Cómo podríamos considerarnos sin unión alguna, como ajenos, respecto de los que profesan sincera y ardientemente esa misma fe que hemos mencionado de pasada? ¿Cuál será nuestra actitud si descubrimos en medio de una muchedumbre de incrédulos, paganos y mundanos a otro que cree igual que nosotros, aunque no le hayamos conocido antes o pertenezca a otra organización eclesiástica que la nuestra? Una ilustración práctica de esto es lo que sucede con los matrimonios que profesan una misma fe VIVA: tienden a mantener su estabilidad, a pesar de profundas diferencias de carácter y personalidad y de grandes dificultades de relación, sólo porque creen lo mismo y esa fe dirige sus vidas. Por el contrario, es imposible una unión verdadera y satisfactoria en un matrimonio cuyos miembros profesan con profundidad una fe diferente.

La comunidad de fe es, probablemente, el medio principal de que se vale Dios para mantener unido a un matrimonio de creyentes, porque en todo lo demás no se diferencian de los matrimonios de incrédulos: tienen los mismos problemas personales y de pareja, las mismas dificultades que plantean las circunstancias de la vida, etc.

En cuanto a la naturaleza íntima de la fe, es la actitud de completa confianza en Dios que produce sentimientos y vida cristiana semejante en todos los creyentes verdaderos, por lo cual resulta un lazo de unión, de simpatía, hasta de identificación entre ellos:

**“A Evodías ruego y a Sintichê exhorto, que sientan lo mismo en el Señor” Filipenses 4: 2.**



Es la aplicación práctica de lo que creemos a nuestra vida íntima. Esto es obra del Espíritu Santo en cada creyente. Se hace posible mediante la regeneración y la justificación, se hace consciente mediante la conversión y se perfecciona y fortalece permanente y crecientemente mediante la santificación. Mientras más fuerte y desarrollada es esta fe, mayor es nuestro sentido de unidad con los demás creyentes, por lo cual la falta o debilidad de esa unidad revela una fe defectuosa o muy poco desarrollada.

### **“Un bautismo”.**

Es evidente que lo que el texto afirma es que así como hay un solo credo básico o fundamental, así también hay un solo bautismo. ¿Qué significa exactamente esto? Para los inmersionistas es, sin más, su significado, que para ellos es, fundamentalmente “muerte y resurrección con Cristo”. Y su forma de administración: la inmersión completa. Dicen que el Nuevo Testamento no se refiere a ninguna otra forma ni significado de bautismo. Nosotros sostenemos firmemente que éste es un asunto secundario, como lo prueba fehacientemente la diversidad de opiniones sustentadas al respecto en la historia de la iglesia. Por eso, para nosotros, requiere máxima tolerancia entre los creyentes verdaderos y no le daríamos mayor importancia, si no fuera por la intolerancia al respecto de nuestros hermanos inmersionistas y porque su posición produce turbación completamente innecesaria a los creyentes no inmersionistas. No estamos de acuerdo con ellos cuando afirman: “No encontramos en el Nuevo Testamento otros bautismos cristianos” (Lacy). Pero, en tal caso, y tomando en cuenta que no sólo entre los inmersionistas hay excelentes cristianos, el bautismo vendría a ser, y efectivamente ha sido, a causa de la insistencia en la inmersión, un factor de división y no de unión, como requiere el contexto. De acuerdo a ese contexto, sostenemos con energía que el sentido de “un bautismo” se refiere al hecho más básico del bautismo: que es la señal externa y el sello de que pertenecemos al cuerpo de Cristo. Con contadísimas excepciones, todos los cristianos han practicado el bautismo, desde los tiempos de Cristo mismo, como el modo de ser incorporados oficialmente a la iglesia visible, aunque hayan diferido mucho en cuanto a su significado y modo de administración y también sobre los individuos aptos para recibirlo. De modo que es un hecho que existe un solo bautismo y ese es el medio para pertenecer oficialmente a la iglesia visible. Parece ser que en esto coincidimos todos los creyentes bíblicos.

Ahora bien, los hermanos inmersionistas dicen que el único bautismo bíblico es por la inmersión y basan principalmente su afirmación en lo siguiente:

- a) La palabra significa etimológicamente, inmersión;
- b) Cristo fue bautizado por inmersión y él bautizaba (en realidad, sus discípulos) por inmersión;
- c) Los apóstoles y la iglesia primitiva bautizaban por inmersión;
- d) La historia de la iglesia enseña que primitivamente se bautizaban por inmersión.

Ninguno de estos argumentos es incontestable. Brevemente:

a) Es verdad que originalmente “bautismo” se refería a un lavamiento realizado por inmersión, pero es frecuente que las palabras cambien de sentido

con el transcurso del tiempo. Ese es, indudablemente, el caso con el término “bautismo”. Basta considerar **Marcos 7: 2-4**:

**“Los cuales, viendo a algunos de sus discípulos comer pan con manos comunes es a saber, no LAVADAS (aniptois), los condenaban. (Porque los fariseos y todos los judíos, teniendo la tradición de los ancianos, si muchas veces no se LAVAN (nipsontai) las manos, no comen. Y volviendo de la plaza, si no se LAVAREN (baptisontai), no comen. Y otras muchas cosas hay, que tomaron para guardar, como las LAVADURAS (baptismous) de los vasos de beber y de los jarros y de los vasos de metal te de los LECHOS)”**.

En todo este pasaje “lavar”, “lavaduras” se expresa con la palabra bautismo o alguna otra relacionada con ella. Evidentemente los LECHOS no eran sumergidos. Además en **Lucas 11: 37-38** dice:

**“Y luego que hubo hablado, rogóle un fariseo que comiese con él y entrado Jesús, se sentó a la mesa. Y el fariseo, como lo vio, maravillóse de que no se LAVÓ (ebaptisen) antes de comer”**.

Es evidente que el fariseo no esperaba que al llegar al convite Jesús se bañara sumergiéndose en agua. En **Hebreos 9: 10**, además, se dice:

**“Consistiendo sólo en viandas y en bebidas y en diversos LAVAMIENTOS (baptismois) y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de la corrección”**.

Los versículos 13, 14, 19 y 21 de ese capítulo, que corresponden al contexto del versículo 10, dejan meridianamente claro que esos lavamientos no eran inmersiones.

**Versículo 13 y 14:**

**“Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos y la ceniza de la becerra ROCIADA a los inmundos santifica para la purificación de la carne ¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras de muerte para que sirváis al Dios vivo?”**;

**Versículo 19:**

**“Porque habiendo leído Moisés todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomando la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua y lana de grana e hisopo, ROCIÓ al mismo libro y también a todo el pueblo”**;

**Versículo 21:**

**“Y además de esto ROCIÓ también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio”**.

Queda fuera de toda duda razonable que los lavamientos o bautismos del versículo 10 no se efectuaban por inmersión, lo que en la naturaleza del caso era imposible, sino por rociamiento.

Todavía otro pasaje muestra claramente el cambio del sentido etimológico del término:

**“Porque no quiero, hermanos que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube y todos pasaron la mar; y todos en Moisés fueron bautizados (ebaptizanto) EN LA NUBE Y EN EL MAR” I CORINTIOS 10: 1-2.**

No se necesita ninguna clase de argumento para verificar que en este pasaje el término “bautizados” no implica inmersión, sino todo lo contrario, puesto que dicho bautismo fue “en la nube y en el mar”, en ninguno de los cuales casos el pueblo de Israel fue sumergido.

De modo que, categóricamente, “bautizar”, en tiempos del Nuevo Testamento no significaba únicamente “sumergir”.

b) Se afirma que Jesús fue bautizado por inmersión, porque Juan bautizaba por inmersión, pero no hay ninguna certeza incontestable sobre esto.

En Mateo 3: 11 y Lucas 3: 16 se traduce: “bautizo EN agua”. Pero la preposición EN no significa necesariamente DENTRO DE, porque también se dice: “bautizará EN Espíritu Santo”: ¿Somos sumergidos DENTRO DEL Espíritu Santo?

Además, en Marcos 1: 8 y Juan 1: 26 y 33 se traduce la misma preposición EN como CON:

**“Yo a la verdad os he bautizado con (EN) agua, más él os bautizará con (EN) Espíritu Santo”.**

A menudo los inmersionistas citan Mateo 3: 16, Marcos 1: 10: “subió, subiendo, del agua” como prueba irrefutable de que se había tratado de una inmersión, pero sólo significan ir de un lugar más bajo a otro más alto, como puede ocurrir si estaba de pie en el agua poco profunda de la orilla y caminó hacia el banco del río, naturalmente más alto. Así se representa el bautismo de Jesús en todas las pinturas antiquísimas de las catacumbas en Roma, algunas tan antiguas como el año 150 de nuestra era, apenas cincuenta años después de la muerte del apóstol Juan. De modo que la expresión no señala inequívocamente y como única posibilidad a una inmersión.

En Mateo 3: 6 y Marcos 1: 5: “bautizaba en el Jordán” no significa, obligadamente, que fuera para sumergir. Si así hubiera sido ¿por qué se trasladó a Enón, cerca de Salim? Juan 3: 23 dice que fue porque allí había “muchas aguas” (en plural). No puede referirse a que allí el agua era más profunda, porque a lo menos, era igualmente profunda en Betábara. Lo que ocurre es que en Betábara, no muy lejos de Jericó, hay poca agua para beber, como se ve en el episodio de II Reyes 2: 18-22, lo que dificultaba la permanencia de las muchedumbres que acudían donde Juan el bautista, mientras que en Enón había muchas vertientes (de ahí el uso plural), que proveían aguas suficientes para que bebiera la muchedumbre.

Además, cabe la pregunta de sentido común: ¿Tenía energías y tiempo suficientes para sumergir día tras día a esas muchedumbres que acudían para ser bautizadas? (Mateo 3: 5-6; Marcos 1: 5; Lucas 3: 21).

De todos modos, aunque Juan hubiera bautizado por inmersión, lo que no es seguro, eso no prueba nada, puesto que su bautismo no es el bautismo cristiano. El bautismo de Juan era para prepararse y consagrarse al reino de Dios que venía mediante el arrepentimiento; era parte de la dispensación del Antiguo Testamento; era anterior, por supuesto, a la institución del bautismo por Jesucristo y, aunque requería cierta medida de fe, no comunicaba la misma medida de bendición espiritual o de gracia de Dios, porque aún no había descendido el Espíritu Santo, para proporcionar la plenitud de esa gracia. El bautismo cristiano, en cambio, simboliza la regeneración por el Espíritu Santo, algo absolutamente ausente del bautismo de Juan

c) La afirmación de que los apóstoles y la iglesia primitiva bautizaban por inmersión, aparte de basarse en el concepto equivocado de que “bautizo” sólo puede significar inmersión, es claramente un error:

Es sencillamente imposible que los doce apóstoles bautizaran por inmersión a unas tres mil personas en un solo día en Jerusalem (doscientas cincuenta personas cada uno), como se dice inequívocamente en Hechos 2: 41 que ocurrió:

“...  **fueron añadidas a ellos AQUEL DÍA**”, lo cual se dice en relación con su bautismo. El trabajo de organización, de orden y la rapidez requerida en las circunstancias inesperadas en que todo ocurrió lo hacen más que improbable. Eso sin considerar la dificultad de disponer de un estanque en que se permitiera que tres mil personas se sumergieran.

Se alega también el caso notable del eunuco, en Hechos 8: 38, 39.

“**Y mandó parar el carro y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco y bautizó. Y como subieron del agua...**”, donde, sin mayor consideración, se dice que “descendieron” y “subieron del agua” indica una inmersión. En tal caso AMBOS se habrían sumergido. Pero además el mismo verbo y preposición se usa en Hechos 8: 26, tanto en griego como en castellano, donde indudablemente no se quiere decir que el camino “se sumergía”, sino simplemente que iba desde un lugar alto (Jerusalem) hacia un lugar bajo (Gaza). Esto corresponde a la configuración geográfica del lugar, donde el agua corre por cauces muy profundos y donde habitualmente hay muy poca o ninguna agua. Es muy dudoso que hubiera agua suficiente para sumergirse.

d) Como señalé más arriba, existen antiquísimas pinturas en las catacumbas de Roma (las de San Calixto se remontan a mediados del siglo II de nuestra era) que representan a creyentes de pie (también a Jesucristo) en agua poco profunda y siendo bautizados por efusión, es decir, derramándoles en la cabeza un jarro de agua, lo cual demuestra que, a lo menos, se usaba también este modo muy primitivamente. Estos son testimonios históricos irrefutables. Además no hubo controversia sobre este asunto desde el siglo I hasta el siglo XVI.

Es también muy común que se citen Romanos 6: 3-4:

**“¿O no sabéis que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús somos bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida”.**

Y Colosenses 2: 11-13:

**“En el cual también sois circuncidados de circuncisión no hecha con manos, con el despojamiento del cuerpo de los pecados de la carne, en la circuncisión de Cristo, sepultados juntamente con él en el bautismo, en el cual también resucitasteis con él, por la fe de la operación de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó juntamente con él, perdonándoos todos los pecados”.**

como pruebas irrefutable de que:

1º El bautismo significa muerte y resurrección con Cristo, lo que se representa bien con la inmersión y la salida luego del agua (y así parecen decir estos pasajes si se leen superficialmente); y

2º Por lo tanto, el único modo válido del bautismo es la inmersión. Respecto al pasaje de Romanos 6: 3-4, notemos que dice que “somos sepultados... con él a muerte por el bautismo, PARA QUE como Cristo resucitó... ASI TAMBIÉN nosotros ANDEMOS EN NOVEDAD DE VIDA”. Es decir, el bautismo del que se habla tiene como efecto o resultado andar en novedad de vida, o sea, ser salvo o regenerado. Si esto fuera lo que enseña este pasaje querría decir que el bautismo salva y sería verdadera la doctrina católico-romana de la regeneración bautismal y su salvación sacramental. Como ningún cristiano bíblico cree que el bautismo mismo salva y esa es una de las doctrinas falsas católico-romanas, es evidente que aquí no se está hablando del sacramento del bautismo en sí mismo. Hay que tener presente que el término “bautismo” se usa con diferentes significados en la Biblia, uno sólo de los cuales se refiere al sacramento. Véase, por ejemplo: Lucas 12: 50 y Mateo 20: 22; I Corintios 15: 29; Marcos 7: 3-4, ninguno de los cuales se refiere al bautismo cristiano.

¿Qué significa entonces este pasaje? Que al ser salvos, tuvimos conciencia de que estábamos “muertos en delitos y pecados” (Efesios 2: 1), lo cual es el morir con Cristo, pero creímos que Cristo recibió el castigo que nosotros merecíamos en nuestro lugar y le recibimos como nuestro propio Salvador (Juan 1: 12; Apocalipsis 3: 20), lo cual es el resucitar con Cristo. El resultado de eso es estar en Cristo, ser hechos nueva criatura, andar en novedad de vida (II Corintios 5: 17). Hay que notar también que los versículos 5 al 23, que son el contexto del pasaje considerado, se refieren todos a realidades espirituales de la vida, nunca a sus meros símbolos, como es el sacramento del bautismo.

En el pasaje de Colosenses 2: 11-13 leemos: “Sepultados... en el bautismo... también resucitasteis... por la fe... os vivificó... perdonándoos...”

los pecados”. Otra vez el bautismo del cual se habla tiene como efecto ser vivificado y recibir el perdón de los pecados. Si “bautismo” aquí se refiera al sacramento, querría decir que el bautismo salva, lo cual es falso. Todos los creyentes fieles a la Biblia nos bautizamos después de creer, no antes. El bautismo puede confirmar, testificar o simbolizar la regeneración, pero no producirla. Por lo tanto, este pasaje se refiere al arrepentimiento (versículo 11) y a la fe en Cristo, es decir, a la conversión, cuyo efecto es el perdón de los pecados de uno vivificado por la regeneración. Todo convertido comenzó por tener convicción de pecado, por lo cual supo que estaba muerto en delitos y pecados, se arrepintió, creyó que Cristo pagó ya por todos sus pecados y le aceptó como su propio Salvador, por lo cual sus pecados fueron perdonados y nació y resucitó, a una nueva vida. El sacramento del bautismo se aplica a los que YA tienen esa vida nueva, no PARA que la tengan, como enseñarían estos dos pasajes si se refirieran al sacramento.

En I Pedro 3: 21 el apóstol Pedro enseña con claridad que no hay regeneración bautismal:

**“A la figura de la cual el bautismo que ahora corresponde nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como demanda de una buena conciencia delante de Dios) por la resurrección de Jesucristo”.**

Hay todavía una consideración de sentido común muy secundaria que tomar en cuenta: la inmersión no es apta para personas gravemente enfermas o muy ancianas y, además, se presta para situaciones inapropiadas, sea por accidente, sea por maldad del que oficia.

De modo que el bautismo no representa nuestra unión con Cristo en su muerte y resurrección, sino la purificación de nuestros pecados por la regeneración obrada por el Espíritu Santo y la fe en que Cristo murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación.

Los bautismos anteriores al cristiano, hasta el de Juan el bautista representaban purificación mediante un lavamiento: Salmo 51: 7; Ezequiel 36: 25; Juan 3: 25, 26 (donde la discusión sobre la purificación se refería precisamente al bautismo). También el bautismo se relaciona con purificación por lavamiento:

**“Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate y lava tus pecados, invocando su nombre” Hechos 22: 16.**

Como lo que se representa es la purificación de nuestros pecados, lo significativo es el uso de agua, no su cantidad o modo de aplicarla. De todos modos, existen paralelos que señalan más bien al rociamiento o aspersion, que a cualquier otro modo:

**“Los cuales en otro tiempo fueron desobedientes, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, cuando se aparejaba el arca, en la cual pocas personas... fueron salvas por agua, a la figura de la cual el bautismo que ahora corresponde nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como demanda**

a una buena conciencia...” I Pedro 3: 20, 21 (el arca no fue sumergida);

**“porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos y la ceniza de la becerra, rociada a los inmundos, santifica para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras de muerte, para que sirváis al Dios vivo?” Hebreos 9: 13-14.**

De todas maneras el modo no es algo básico, sino secundario, por lo cual no debería existir contención entre los creyentes genuinos por esto, sino amplia tolerancia de los unos con los otros, usando cada uno lo que en su conciencia es correcto, sin descalificar a los demás.

Permítame el lector una digresión, que me parece necesaria en relación con lo anterior, referente al bautismo infantil.

Suelen los inversionistas rechazarlo, muy explicablemente, aunque también lo rechazan algunos no inmesionistas.

Las principales razones aducidas contra su práctica son:

- 1) Que el bautismo requiere fe personal;
- 2) Que no se ordena en el Nuevo Testamento;
- 3) Que no hay ningún ejemplo de bautismo infantil; y
- 4) Que muchos infantes bautizados se pierden.

Estos argumentos no son válidos por lo siguiente:

1) El pasaje fundamental usado para afirmar que la fe personal es necesaria es Marcos 16: 16, aunque citado sólo en su primera parte, cuando se usa con este fin:

**“El que creyere y fuere bautizado, será salvo”.**

Este pasaje completo prueba demasiado, porque la segunda parte:

**“Mas el que no creyere, será condenado”**,

significa que si un infante no se puede bautizar porque no puede creer personalmente, entonces también se pierde, si muere antes de la edad en que pueda creer por sí mismo, puesto que, como no puede creer, “será condenado”. Si esa interpretación fuera correcta, ningún niño fallecido antes de la edad del discernimiento se podría salvar, estarían todos en el infierno. Esto contrasta grandemente con las palabras de Jesús en Mateo 18: 3; 19: 14; Marcos 10: 14; Lucas 18: 16, por las cuales son pocos los que creen que los fallecidos en su infancia van al infierno. De esto se desprende que Marcos 16: 16 se refiere sólo a las personas que son capaces de creer. Nada dice de los que son incapaces de creer;

2) Es verdad que no hay una orden directa de bautizar a los niños pequeños, pero tampoco se ordena no bautizarlos. Lo único que prueba esto es que no había controversia sobre este asunto en la iglesia primitiva;

3) No hay ningún ejemplo directo de bautismo infantil, donde se diga que un infante determinado fue bautizado, pero hay varios ejemplos de familias enteras que fueron bautizadas: Hechos 16: 33, 34 (donde se destaca “todos los suyos”, “con toda su casa”); 16: 15; 10: 24, 33, 47; I Corintios 1: 16. Es sumamente improbable que no haya habido ningún pequeño en todas estas familias. Por supuesto que si no se bautizaba a los infantes, pudo haberlos en alguna o todas estas familias, sin que su exclusión afectara las expresiones usadas. Pero también, si se bautizaba a los niños, era innecesario decir expresamente que los había y que habían sido bautizados también. Tampoco hay ejemplo alguno de niños nacidos en un hogar cristiano y que hayan tenido que esperar hasta tener un desarrollo adecuado para ser bautizados.

4) Sin duda que hay infantes bautizados que se pierden, pero también hay adultos bautizados, aun por inmersión, que se pierden, quien sabe si aún más que infantes bautizados.

Creemos firmemente que el Nuevo Testamento requiere el bautismo de los infantes cuando a lo menos uno de sus progenitores es creyente, porque por haber entrado ese padre creyente, o los dos, al pacto de gracia, sus hijos también pertenecen a ese pacto. Así se infiere de Hechos 16: 31 y lo dice directamente Pedro en Hechos 2: 38-39. El símbolo de ese hecho es el bautismo, así como la circuncisión lo era de que los hijos de los israelitas fieles pertenecían al pacto de sus padres con Jehová.

En relación con esto nótese que:

a) El bautismo reemplazó a la circuncisión (Colosenses 2: 11 y 12, que llama al bautismo la circuncisión cristiana), así como la Santa Cena reemplazó a la Pascua (I Corintios 5: 7). Los únicos dos sacramentos de la iglesia del Antiguo Testamento, la circuncisión y la Pascua fueron reemplazados por los dos únicos sacramentos del Nuevo Testamento: el bautismo y la Santa Cena (por ser incruentos y universales). De modo que si se circuncidaba a los niños israelitas de ocho días de edad, sin que pudieran creer ¿por qué no se les bautizará igualmente?

b) Expresamente, la circuncisión representaba la justicia de la fe:

**“Y recibió la circuncisión por señal, por sello de la justicia de la fe que tuvo en la incircuncisión, para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, para que también a ellos les sea contado por justicia” (Romanos 4: 11).**

¿Por qué ordena el Señor, entonces, circuncidar a los niños de ocho días, que no podían creer? Evidentemente por la fe de los padres, que creían que su pequeño pertenecía también al pacto y lo testificaban públicamente de este modo. De la misma manera, nuestros hijos deben ser bautizados como testimonio público de nuestra fe.

El pasaje de Hechos 2: 39:



**“Porque para vosotros es la promesa y para vuestros hijos y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”,**

realmente prueba que los niños deben ser bautizados, porque esas palabras fueron dirigidas a judíos que sabían que sus hijos pequeños debían ser circuncidados. Pedro les dice que ahora ellos deben ser bautizados y que la promesa recibida era también para sus hijos. Si los niños debían ser bautizados como señal de su fe en esa promesa, así como antes debían ser circuncidados por la misma razón, no era necesario decirlo expresamente, porque no se producía ningún cambio en el modo de proceder, pero si ahora no debían recibir los niños la nueva señal era perentorio decirlo expresamente, lo que no ocurrió.

Volvamos al texto, en relación con el pensamiento central del párrafo: Si el bautismo es administrado con fe verdadera es una señal visible de unidad, de pertenencia al cuerpo único de Cristo y, por lo tanto, de unión efectiva entre los creyentes y de reconocimiento de la soberanía de Dios en sus vidas, que requiere esa unión. En último término es esa soberanía de Dios el fundamento de la unidad de todos los salvados por fe en Cristo, de modo que perturbar la paz de la iglesia y actuar en tal forma que mostremos que no existe una verdadera relación de hermanos con los demás creyentes es quebrantar lo que prometimos al bautizarnos, es decir, es faltar a nuestra fidelidad a Dios y es rechazar su derecho a gobernarnos y negar su soberanía efectiva sobre nuestras vidas. “Nuestra hermandad en la fe de Cristo debe ser profunda como la naturaleza de Dios; su bienaventuranza, rica como su amor; sus vínculos, fuertes y eternos, como su poder” (Findlay).

#### **Versículo 6:**

**“Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todas las cosas y por todas las cosas y en todas las cosas”.**

#### **“Un Dios y Padre de todos”.**

Pablo menciona al final el principal y más sublime elemento de unidad de todos los que formamos el pueblo de Dios. Para los judíos éste era un concepto muy familiar, aunque llegaron a él después de una experiencia larga y dolorosa. Para los cristianos bíblicos el concepto de “un” Dios es evidentísimo, aunque los cristianos nominales continuamente han tendido o tienden a desviarse sutilmente de este concepto al agregar pequeños “dioses” al Dios único y verdadero.

Sin embargo, para los ex – paganos, recientemente convertidos y destinatarios de la carta, el concepto era muy novedoso, mientras que para los paganos inconversos la idea era asombrosa y revolucionaria. Para ellos cada nación, cada ciudad, cada tribu, cada fuente, cada bosque, prácticamente cada objeto, tenía su dios, su genio o su “daimon” o espíritu. Hasta cada oficio y función lo tenía: la navegación, la medicina, el comercio, los ladrones, a semejanza de los cuales surgieron los santos católico-romanos y ortodoxos. Esto producía desorientación , desmoralización y temor, porque cada uno debía ser honrado o vuelto favorable adecuadamente, por lo que los

adoradores vivían en el continuo temor de faltarle a alguna deidad y ser objeto de su ira. Esto explica la actitud de los licaonios con Pablo y Bernabé en Hechos 14: 8-13. Además estos pequeños y numerosos dioses, como creación del hombre que eran, estaban manchados con todos los vicios y pasiones humanas.

En contraste ¡qué sublime sencillez del nuevo mensaje: un solo Dios! “¡Qué descanso para la mente, qué paz y libertad para el espíritu era volverse de tales dioses al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!” (Findlay).

Creemos firme y simplemente en la unidad de Dios, una de las revelaciones y declaraciones más importante de toda la Biblia: Deuteronomio 6: 4; Isaías 37: 16, 20; 45: 8; Marcos 12: 29, 32; Juan 17: 3; I Corintios 8: 4, 6; Hechos 14: 15; Mateo 16: 16; Santiago 2: 19; II Reyes 19: 15; Nehemías 9: 6; Salmo 83: 18; 86: 10; Gálatas 3: 20; I Timoteo 2: 5, etc. Pero igualmente creemos que el único Dios verdadero, el Dios único tiene una existencia tripersonal, es una Trinidad o Triunidad. No creemos en tres dioses, ni que Dios esté dividido en tres partes (él es simple, no tiene partes), ni que cada persona de la Trinidad sea solamente una manifestación diferente del Dios único, ni menos en un “Dios con tres cabezas”.

Creemos que el Padre, todo él es Dios; que el Hijo, todo él es Dios; que el Espíritu Santo, todo él es Dios. Estamos perfectamente conscientes de que es un hecho que escapa completamente a la razón y a la experiencia, pero es lo que la Biblia nos revela y para nosotros esa es la autoridad suprema, por encima de la razón y de la experiencia. Quienes basan todas sus convicciones sobre lo trascendente en la razón o la experiencia tienen un concepto humanista que hace del hombre la medida y el fin de todo y, consciente o inconscientemente, directa o indirectamente, rechazan la existencia del Dios de las Escrituras. Pero ¿quién les ha dicho que la razón y la experiencia son la autoridad adecuada para juzgarlo todo? El mismo hombre se constituye en juez y parte de su causa. Si el hombre acepta su propia razón como autoridad y criterio último para juzgarlo todo y formar sus convicciones sobre lo trascendental, lo hace por un simple acto de fe, porque quiere creer y actuar así. No pretendo desestimar la razón, precioso don de nuestro Dios. Sólo señalo que ella no es ni omnipotente, ni omnisciente, ni perfecta. Es muy potente, pero limitada. Sólo a modo de ejemplo, la teoría axiomática de conjuntos, construida en la forma más estrictamente racional, con una lógica impecable, conduce a paradojas o contradicciones que los matemáticos han tratado desesperadamente (a mi modo de ver) de salvar, sin mayor éxito hasta ahora, lo cual sugiere, a lo menos, que la razón humana no es perfecta y reafirma nuestra opinión de que las convicciones humanistas básicas son simplemente una profesión de fe. Nosotros, también por una profesión de fe, aceptamos o creemos que existe realmente un Dios único, eterno e infinito en todas sus propiedades, absolutamente independiente del hombre, que ha querido darse a conocer a su criatura humana en las Escrituras.

Por eso no son válidos los argumentos de cualquier clase de los unitarios, que niegan la Trinidad, tales como los Testigos de Jehová o los modernistas o liberales, para desacreditar esta doctrina. Esta doctrina es materia de fe: se cree o no en ella, pero no se puede probar por la razón o la experiencia que es verdadera o falsa. Para nosotros, a causa de nuestra fe, esta doctrina es un indicio del origen extrahumano de la Biblia, porque ¿qué ser humano habría inventado un Dios así?

La Asamblea de Westminster, en su Catecismo Mayor, define así esta doctrina:

“(Hay un solo Dios, vivo y verdadero). En este Dios hay tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; estas tres personas son un eterno y verdadero Dios, las mismas en sustancia, iguales en poder y en gloria, aun cuando se distinguen por atributos personales”.

Pero ¿enseñan las Sagradas Escrituras realmente la trinidad de Dios?

Es verdad que la palabra misma “Trinidad” no aparece, pero la doctrina está amplísimamente enseñada.

1. Se sugiere pluralidad en el Dios único: Génesis 1: 26; 3: 22; 11: 5-8; Isaías 6: 8; etc.

2. Se mencionan juntos con frecuencia: Isaías 48: 16; 61: 1; Mateo 28: 19; 3: 16-17; Marcos 1: 10-11; Lucas 3: 22; Romanos 8: 9; 15: 18-19; I Corintios 12: 3-6; II Corintios 13: 13; Gálatas 4: 6; Efesios 4: 6; I Pedro 1: 2; Judas 20-21.

3. Se dice expresamente que cada uno es Dios:

a) **El Padre es Dios:** I Corintios 8: 6; Efesios 4: 6;

b) **El Hijo es Dios:** Hebreos 1: 8; Juan 1: 1 (la traducción de la Versión Reina –Valera, de 1909, de la Biblia traduce exacta y estrictamente el original); Romanos 9: 5; II Pedro 1: 1; I Juan 5: 20; Isaías 9: 6;

c) **El Espíritu Santo es Dios:** Hechos 5: 3-4; 7: 51 (cita del Salmo 78: 18, 19);

4. A los tres se les dan los mismos títulos:

a) Jehová: **Al Padre:** I Samuel 2: 2; I Crónicas 17: 20; Isaías 37: 20;

**Al Hijo:** Jeremías 23: 5-6; Isaías 40: 3 (compárese con Mateo 3:3);

**Al Espíritu Santo:** Jueces 15: 14 (compárese con 16: 20);

b) Señor: **Al Padre:** Malaquías 1: 6; Mateo 21: 9; 22: 37; Hechos 4: 24; Apocalipsis 11: 15;

**Al Hijo:** Hechos 10: 36; I Corintios 8: 6; 12: 3; Efesios 4: 5;

**Al Espíritu Santo:** Isaías 6: 8-10 (compárese con Hechos 28: 25-27; II Corintios 3: 17);

5. Se les atribuyen las mismas perfecciones:

a) Cada uno existe desde antes de la fundación de todas las cosas:

**El Padre:** Proverbios 8: 22; Salmo 90: 2;

**El Hijo:** Juan 1: 1; 17: 5, 24;

**El Espíritu Santo:** Génesis 1: 1, 2.

b) Son eternos:

**El Padre:** Salmo 93: 2; 102: 12;

**El Hijo:** Hebreos 13: 8; Apocalipsis 1: 8, 17, 18;

**El Espíritu Santo:** Hebreos 9: 14.

- c) Son todopoderosos:  
**El Padre:** II Crónicas 20: 6; Isaías 14: 27; Efesios 1: 19;  
**El Hijo:** Mateo 11: 18; Filipenses 3: 21; Apocalipsis 3: 7;  
**El Espíritu Santo:** Romanos 15: 19.
- d) Son buenos:  
**El Padre:** Salmo 86: 5; 108: 4; Lucas 6: 35;  
**El Hijo:** Hechos 10: 38; Mateo 11: 28;  
**El Espíritu Santo:** Nehemías 9: 20; Salmo 143: 10.
- e) Son santos:  
**El Padre:** Levítico 19: 2; 20: 26; Isaías 6: 3; Apocalipsis 4: 8;  
**El Hijo:** Daniel 9: 24; Hechos 3: 14;  
**El Espíritu Santo:** Isaías 63: 10; Romanos 15: 16; Tito 3: 5.
6. Se le atribuyen iguales obras y hechos:
- a) Guían a su pueblo:  
**Dios:** Deuteronomio 32: 12; Salmo 23: 3; 73: 24; Isaías 48: 17;  
**Jesucristo:** Mateo 16: 24; Juan 10: 4; I Pedro 2: 21;  
**El Espíritu Santo:** Salmo 143: 10; Isaías 63: 14; Romanos 8: 14.
- b) Santifican a los fieles:  
**Dios:** Ezequiel 37: 28; I Tesalonicenses 5: 23; Judas 1;  
**Jesucristo:** Efesios 5: 25-26; Hebreos 13: 12;  
**El Espíritu Santo:** Romanos 15: 16; I Corintios 6: 11; I Pedro 1: 2.
- c) Habitan en los fieles:  
**Dios:** Juan 14: 23; I Corintios 14: 25; II Corintios 6: 16; I Juan 2: 5;  
**Jesucristo:** Juan 17: 23; II Corintios 13: 5; Gálatas 2: 20; Efesios 3: 17; I Juan 3: 24;  
**El Espíritu Santo:** Juan 14: 17; Romanos 8: 11; I Corintios 3: 16; 6: 19; II Timoteo 1: 14.
- d) Distribuyen los dones espirituales:  
**Dios:** I Corintios 12: 6; Hebreos 2: 4;  
**Jesucristo:** Efesios 4: 7-8;  
**El Espíritu Santo:** Juan 14: 26; I Corintios 12: 8-11.
- e) Inspiraron a los profetas y las Escrituras:  
**Dios:** Éxodo 4: 12; Oseas 12: 11; Lucas 1: 68,70; II Timoteo 3: 16; Hebreos 1: 1;  
**Jesucristo:** II Corintios 13: 3; Efesios 4: 7, 11; I Pedro 1: 11; Apocalipsis 1: 1;  
**El Espíritu Santo:** II Samuel 23: 2; Marcos 12: 36; Hechos 11: 28; 28: 25; II Pedro 1: 21.
- f) Hablaron por los profetas y apóstoles:  
**Dios:** Jeremías 1: 9; Lucas 1: 68, 70; Hechos 3: 21;  
**Jesucristo:** Lucas 21: 15;  
**El Espíritu Santo:** Mateo 10: 20; Marcos 13: 11.

g) Dan su misión y envían a los apóstoles, profetas y ministros:  
**Dios:** Isaías 48: 16; Jeremías 25:4; I Corintios 12:28; Gálatas 1: 1;  
**Jesucristo:** Marcos 16: 15; II Corintios 5: 20; Gálatas 1: 1;  
**El Espíritu Santo:** Isaías 48: 16; Hechos 13: 24; 16: 6, 7; 20: 28.

h) Dieron a los apóstoles el poder de hacer milagros:  
**Dios:** Hechos 15: 12; 19: 11; Hebreos 2: 4; Hechos 14: 3;  
**Jesucristo:** Hechos 4: 10, 30; 9: 34; 16: 18; Romanos 15: 18, 19;  
**El Espíritu Santo:** Isaías 48: 16; Hechos 13: 24; 16: 7; 20: 28.

7. Además:

a) Los fieles son templo de Dios: I Corintios 3: 16; II Corintios 6: 16 y del Espíritu Santo: I Corintios 6: 19;

b) Tienen comunión con **Dios:** Juan 1: 3, con **Jesucristo:** I Juan 1: 3 y con el **Espíritu Santo:** II Corintios 13: 13;

c) Pecado es tentar a **Dios:** Deuteronomio 6: 16, a **Jesucristo:** I Corintios 10: 9 y al **Espíritu Santo:** Hechos 5: 9.

Lo anterior prueba cuán clara y abundantemente nos revela la Biblia la trinidad de Dios. Por eso los que rechazan no pueden pretender apoyo bíblico para ello. Pueden tener las razones que quieran para negar la Trinidad, pero no la Biblia. Nosotros, que creemos que la Biblia es literalmente la Palabra de Dios, no tenemos la menor duda al respecto.

Quien sabe si aún más asombrosa fue para los paganos la idea de que Dios es Padre: No un tirano lleno de exigencias abrumadoras, que exige el servicio de los hombres sin miramiento, sino un Dios que entra en relaciones filiales con sus criaturas, que permite a estas acercarse a él con plena confianza, aunque también con supremo respeto, para compartir con él toda alegría, toda pena, toda preocupación y dificultad, y echar sobre él todas sus cargas y trabajos, con la plena seguridad de su comprensión, ayuda y protección. Aunque los paganos, y más aún los judíos, tuvieron algún concepto de la paternidad de Dios, fue sólo mediante Jesucristo que su paternidad plena y propia se reveló al hombre.

Sin embargo, aunque este versículo habla de un Dios y Padre DE TODOS, no se refiere a una paternidad universal, a que Dios sea Padre de todos los seres humanos, por el solo hecho de haber nacido, en primer lugar porque el pasaje está hablando de la unidad de los redimidos, por lo cual este TODOS se refiere solamente a ellos y, en segundo lugar, porque la Biblia deja abundantemente claro que existen los que son hijos de Dios, pero también los que son hijos del diablo:

**“Y cuando estaban gozosos, he aquí que los hombres de aquella ciudad, hombres hijos de Belial...” Jueces 19: 22;**

**“... y aquellos hombres de Belial atestiguaron contra Naboth...” I Reyes 21: 13;**

**“Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Dijéronle entonces: Nosotros no somos nacidos de fornicación, un padre tenemos, que es Dios. Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuera Dios, ciertamente me amaríais, porque yo de Dios he salido y he venido, que no he venido de mí mismo, mas él me envió... Vosotros de vuestro padre el diablo sois...” Juan 8: 14-42, 44.**

Es este único Dios y Padre de todos los creyentes el que ha derramado su amor eterno en nuestros corazones y este amor hace de todos nosotros HERMANOS, en el sentido más propio e íntimo del término, puesto que tenemos un mismo Padre eterno y sobrenaturalmente, en nuestro corazón, ha puesto la capacidad de simpatizar y sentirnos indisolublemente unidos a los demás elegidos y salvados. Pero esto no hace que actuemos automáticamente como hermanos. El Padre se nos presenta en ese carácter a todos nosotros, nos enseña y nos exhorta a comportarnos como hermanos y nos da la capacidad para hacerlo. A nosotros corresponde aceptar el privilegio de comportarnos como verdaderos hermanos de todos los creyentes y de echar mano y pedir del mismo Padre, en oración, con fe y decisión, la fuerza sobrenatural que siempre necesitamos para ello, ya que la expresión efectiva de ese amor fraternal está en conflicto con nuestra carne enferma. Por eso podemos decir que a pesar de todas nuestras fallas, el hecho de que tengamos un Dios y Padre de todos los salvados es el más potente y maravilloso factor de unidad. Bien podemos exclamar: ¡QUÉ UNIDAD!

#### **“El cual es sobre todas las cosas”.**

La traducción correcta es: “sobre todos”, es decir, Dios, el Padre, está sobre todos los creyentes, con su potencia y gracia infinitas, para proteger, guiar y dar la victoria a los suyos. Es una manera de expresar la soberanía de Dios, su derecho a mandarnos y a que nosotros le obedezcamos por amor. ¿Acatamos su soberanía en cuanto se refiere a nuestro deber de mantener una unidad efectiva, de amor, con nuestros hermanos? Si no lo hacemos, sea por hacer acepción de personas, sea por menospreciar a algunos de ellos, sea por formar grupos exclusivistas, somos rebeldes contra tan poderoso y amoroso Padre, que está sobre nosotros, con su autoridad suprema. En tal caso, nuestro pecado es más que contra nuestros hermanos, es directamente contra nuestro Padre celestial.

#### **“Y por todas las cosas”**

Es, en realidad, “y en medio de todos”, es decir, está en medio de los suyos, aunque no simplemente “con” ellos, sino actuando en forma penetrante en sus corazones. Se refiere a Dios, que actúa en Jesucristo, como un compañero, ya que es Jesucristo quien ha puesto al Padre nuevamente en buenas relaciones con nosotros. Esto expresa la trascendencia de Dios: está en medio de nosotros, actúa en cada uno en la forma más íntima, pero es diferente de nosotros, ni nosotros somos, ni seremos jamás, dioses. De este modo se refuta todo panteísmo.

### **“Y en todos vosotros”.**

Se refiere a la morada de Dios por su Espíritu, en nuestros corazones, en nuestro ser más íntimo, de lo cual ya habló en 2: 22 y, especialmente en 3: 16. Así se refuta todo deísmo y, junto con la frase anterior, se establece la trascendencia e inmanencia de Dios, que es el concepto fundamental del teísmo bíblico.

Así termina el párrafo con una referencia a la Trinidad, que ha creado, ha hecho posible y desea fervientemente la plena unidad de los suyos, de su pueblo.

Algunos niegan toda referencia trinitaria aquí y refieren la expresión a que “Dios, por el Espíritu de santificación, se extiende hacia todos los miembros de la iglesia y comprende a todos bajo su dominio y habita en todos”, pero esto no toma en cuenta la triple división que encontramos en este versículo y convierte una de las proposiciones usadas en una repetición ociosa. Este es, entonces, uno de los pasajes que enseñan indirectamente la doctrina de la Trinidad: hay un Espíritu, un Señor y un Dios y Padre. La Biblia enseña ampliamente que el Espíritu vive en nosotros y que Cristo está en medio de sus iglesias:

**“Y en medio de los siete candeleros, uno  
semejante al Hijo del hombre...” Apocalipsis 1:  
13**

y dondequiera haya dos o tres reunidos en su nombre: Mateo 18: 20. También es abundante y clara la enseñanza de que el Padre es soberano, está sobre nosotros.

En suma, el Dios que se revela en la Escritura no es un Dios que por estar sobre nosotros tan abrumadoramente, esté lejos y sea inalcanzable e incognoscible, sino que también está en medio de todos sus hijos, siempre pronto para socorrerlos y sostenerlos, como un íntimo amigo, siempre a la mano y aún más, dentro de todos nosotros, “influyendo y llenando todo con su presencia que sostiene y da vida” (Lacy), aunque sin confundirse con nosotros, sin que nosotros seamos una chispa suya, destinada a fundirse con él nuevamente. Por toda la eternidad, continuará estando sobre, con y en nosotros.

### **Versículo 7.**

**“Empero a cada uno de vosotros es dada la  
gracia conforme a la medida del don de Cristo”.**

### **“Empero”:**

Desde cierto punto de vista podría parecer que lo que dice a continuación contradijera lo ya dicho tan extensa y enfáticamente sobre la perfecta e íntima unidad de los creyentes, puesto que ahora se refiere a la casi infinita variedad de sus dones y talentos. Pero, por supuesto, no hay contradicción, sino dos hechos complementarios: unidad no significa uniformidad. Bíblicamente todos los redimidos son iguales en posición, privilegios, deberes y responsabilidades y en la forma como hemos sido salvos. En relación con esta igualdad no cuentan las diferencias sociales, nacionales y ni siquiera el sexo:

**“Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos. No hay judío, ni griego, no hay siervo ni libre, no hay varón ni hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús”  
Gálatas 3: 27, 28;**

**“Donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni scytha, siervo ni libre, mas Cristo es el todo y en todos” Colosenses 3: 11.**

Tenemos una relación personal, individual y directa con Dios: ¿Disfrutamos de ella? Hay quienes no hacen uso de este extraordinario privilegio y hasta ignoran que lo tienen. Las Escrituras no establecen una jerarquía en que ciertos hombres son llamados a dominar a otros creyentes. Desde este punto de vista, hasta el menor creyente es un sacerdote: todos tenemos el derecho, el privilegio y el deber de interceder los unos por los otros y por los perdidos, para que se salven.

Sin embargo, al mismo tiempo, no existen dos creyentes iguales en personalidad, en manera de ser, en capacidades. Estas diferencias individuales provienen de factores hereditarios, el medio (cultura, educación, circunstancias externas individuales) y de los dones o talentos dados por Dios. Todos estos factores se pueden combinar en formas diferentes, prácticamente infinitas. Por eso, desde este otro punto de vista, todos los creyentes difieren entre sí. Pero estas diferencias permiten el funcionamiento armónico del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia y el cumplimiento de los propósitos de la cabeza de este cuerpo, que es la única que tiene derecho a mandar a los miembros. Esta cabeza es exclusivamente Cristo, nunca un hombre común. Así que esta diversidad también tiene por objeto la unidad del cuerpo como un todo y de los miembros entre sí. La semejanza con el cuerpo humano es tan evidente que una y otra vez el apóstol Pablo recurre a ella en sus cartas. El pasaje más extenso es el de I Corintios 12: 12-27, que ya transcribí. El cuerpo no podría funcionar si todo fuera ojo o todo fuera pie o mano. Tampoco si todo fuera cerebro. Todos los miembros se necesitan entre sí, aun los más fuertes necesitan a los más débiles y todos funcionan armónicamente bajo la dirección de la cabeza, aunque cumplen cada uno una función diferente y esto permite la existencia del cuerpo y su funcionamiento como una unidad compuesta. Además existe en el cuerpo la correlación interorgánica, por la cual todo lo que afecta a un órgano, hasta al más insignificante, afecta a todos los otros. La aplicación espiritual es obvia:

**“Por manera que si un miembro padece, todos los miembros a una se duelen y si un miembro es honrado, todos los miembros a una se gozan” I Corintios 12: 26.**

¿Es verdad en nosotros esta actitud respecto de nuestros hermanos? ¿O nos llenamos de envidia y desazón cuando otro es honrado u obtiene un triunfo, como si eso fuera un insulto personal contra nosotros? ¿Nos duele y afecta realmente el dolor o aflicción de cualquier otro creyente, por sentirnos unidos a él indisolublemente, como componentes del mismo cuerpo?



La diversidad de dones o talentos que diferencian a un creyente de otro no son el resultado de una capacidad natural desarrollada por nuestro propio esfuerzo, lo cual justificaría en cierto modo que los más capaces menospreciaran a los menos dotados y estimularía el orgullo y el amor propio. Pero nuestros dones y talentos los tenemos por la gracia de Dios, que nos fue dada y por la cual hemos sido salvos:

**“Mas todas estas cosas obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno como quiere” I Corintios 12: 11.**

Recordemos que “gracia” es favor INMEREcido ¿por qué, entonces, despreciaremos al que es menos dotado? Si superamos a algún hermano en algo es sólo porque Dios, sin merecerlo nosotros, nos ha dotado más abundantemente. Pero también hay que recordar que Dios nos pedirá cuenta de lo que hemos hecho con los talentos que él nos dio y que su retribución, que es sólo por gracia, porque nada hacemos más allá de nuestro deber: Lucas 17: 7-10, dependerá no del brillo de nuestros talentos, ni de la cantidad de frutos que produzcan, sino de la fidelidad con que los usamos, por lo cual podrá ocurrir que un creyente pobremente dotado reciba más premio que otro ricamente dotado, pero menos fiel en el uso de los bienes recibidos:

**“Mas tú ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos hemos de estar ante el tribunal de Cristo... De manera que cada uno de nosotros dará a Dios razón de sí” Romanos 14: 10, 12;**

**“Porque el reino de los cielos es como un hombre que, partiéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. Y a éste dio cinco talentos y al otro dos y al otro uno, a cada uno conforme a su facultad y luego se partió lejos. Y el que había recibido cinco talentos se fue y granjeó con ellos e hizo otros cinco talentos. Asimismo el que había recibido dos, ganó también él otros dos... Y después de mucho tiempo, vino el señor de aquellos siervos e hizo cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco he ganado sobre ellos. Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré, entra en el gozo de tu señor. Y llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos talentos he ganado sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré, entra en el gozo de tu señor” Mateo 25: 14-23,**

parábola que nos enseña que a diferente talentos e igual fidelidad en su uso, corresponderá igual retribución;

**“Dijo pues: Un hombre noble partió a una provincia lejos, para tomar para sí un reino y volver. Mas llamados diez siervos suyos, les dio diez minas y díjoles: Negociad entre tanto que vengo... Y aconteció, que vuelto él... mandó llamar a sí a aquellos siervos... para saber lo que había negociado cada uno. Y vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. Y él le dice: Está bien, buen siervo, pues que en lo poco has sido fiel, tendrás potestad sobre diez ciudades. Y vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha hecho diez minas. Y también a éste dijo: Tú también sé sobre cinco ciudades” Lucas 19: 12, 13, 15 – 19.**

Esta segunda parábola nos enseña que a iguales talentos y diferente fidelidad, habrá remuneración diferente, de acuerdo a la fidelidad.

Así que todo es de gracia, no hay motivo para la envidia, la emulación, la jactancia o el orgullo.

De modo, pues, que todos hemos recibido la gracia de Cristo, primera y básicamente para nuestra salvación, y en ese sentido la gracia es la misma para todos, y enseguida, para la perfección del cuerpo de Cristo y para el cumplimiento de los planes divinos mediante los creyentes como sus instrumentos, y en este segundo sentido esa gracia es diferente, para cada uno. Esta diferente “medida” de gracia se debe únicamente a la voluntad del Señor, que ha querido hacerlo así. Toda la gracia proviene de él, pero ha querido darla en diferente medida a cada uno y de diferente clase, según su pura voluntad: no todos tenemos la misma inteligencia o salud, por ejemplo, no todos pueden predicar o enseñar o consolar o alentar y algunos pueden enseñar, predicar o consolar mejor que otros, según el propósito que el Señor tiene para cada uno. Por eso cada uno debe estar contento con la medida o clase de sus dones, sin ensoberbecerse ni envanecerse. No debemos tener envidia de los que tienen diferentes o superiores dones que nosotros. Hay que estar contentos con el puesto que Dios nos ha dado. El pie no debe negarse a andar, porque no es mano; la mano no debe retenerse de servir porque no es ojo; el ojo debe estar feliz de ver, aunque no sirva para caminar: cada uno debe cumplir su función asignada por Dios, consciente de que ningún órgano puede subsistir por sí mismo y que todos se necesitan entre sí. ¿Qué haría un predicador que no tuviera a quien predicarle o que no contara con la oración de la congregación en su favor? ¿Y qué haría el gran número de los que no tienen el don de la predicación, si no hubiera un ministro de Dios que les expusiera regularmente la Palabra de Dios para su nutrimento espiritual? ¿Y qué haría toda la congregación, si no hubiera quién se ocupara del aseo, del ornato, de la mantención de los edificios e instalaciones: luz, agua, servicios higiénicos, etc.?

Todos estos diferentes talentos y capacidades proceden de la misma fuente de gracia divina: son el “don de Cristo” y su fin es preparar a cada uno para el servicio de la Iglesia y el fin actual de la Iglesia es cumplir los planes divinos para la humanidad. Algunos han recibido un don abundante, otro más escaso, pero siempre ese don procede de Cristo y siempre con el mismo

propósito: que cada creyente tenga algo que realizar y que para llevarlo a cabo disponga de la gracia del Señor.

Hay que distinguir entre los dones naturales y los espirituales. Los naturales son los que se poseen por nacimiento, los cuales dependen principalmente de los múltiples combinaciones de los factores hereditarios y, en menor medida, de factores ambientales. Estas capacidades básicas naturales son susceptibles de perfeccionarse por la educación y el buen uso, pero no de cambiar de naturaleza. Por ejemplo, una persona puede nacer con talento musical que por uso o desuso puede desarrollarse y perfeccionarse extraordinariamente o atrofiarse. Una persona así puede no aprender jamás nada de técnica musical y esto limitará, pero no destruirá, el talento musical: seguirá siendo un músico, a pesar de todo.

En cambio, una persona nacida sin talento musical puede aprender y dominar extraordinariamente la técnica musical, pero no será jamás un músico. Lo mismo puede decirse de todos los dones naturales y del aprendizaje de técnicas o la adquisición de conocimientos.

Los dones espirituales pueden tener un origen natural:

**“Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás, tú serás llamado Cephas, que quiere decir: Piedra” Juan 1: 42;**

o sobrenatural:

**“No descuides el don que está en ti, que te es dado por profecía con la imposición de las manos del presbiterio” I Timoteo 4: 14;**

**“Mira, yo he llamado por su nombre a Bezaleel... y lo he henchido de espíritu de Dios, en sabiduría y en inteligencia y en ciencia y en todo artificio... Y he aquí yo he puesto con él a Aholiab... y he puesto sabiduría en el ánimo de todo sabio de corazón, para que hagan todo lo que te he mandado” Éxodo 31: 2, 3, 6;**

**“Da pues a tu siervo corazón dócil (entendido) para juzgar a tu pueblo, para discernir entre lo bueno y lo malo...” I Reyes 3: 9;**

¡Cuán amplia variedad! Pero en todos los casos estos dones proceden del Señor y su diferencia básica con los naturales no son sus características esenciales y distintivas, sino su objetivo: los naturales cumplen objetivos meramente terrenales; los espirituales existen para el servicio del Señor.

Un don natural no se adquiere con ninguna cantidad de estudio, esfuerzo o práctica. Un don espiritual inexistente en algún momento se puede adquirir por concesión sobrenatural milagrosamente, si es la voluntad de Dios. Cuando un don natural se convierte en espiritual, porque pasa a usarse para el servicio y gloria de Dios, se refuerza grandemente. Pero el don espiritual debe ejercitarse y puede aumentar o disminuir de acuerdo a la rendición o desobediencia del creyente:

**“Y respondiendo, les dijo: Porque a vosotros es concedido saber los misterios del reino de los cielos, mas a ellos no es concedido, porque a cualquiera que tiene, se le dará y tendrá más, pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado” Mateo 12: 11-12;**

**“Ninguno que enciende la antorcha la cubre con vasija o la pone debajo de la cama, mas la pone en un candelero, para que los que entran vean la luz” Lucas 8: 16.**

Es decir, debemos estar conformes con el don que el Señor nos ha dado, sin envidiar a otros, pero ese don que tenemos de parte del Señor debemos usarlo, gastarlo, en el servicio del Señor y así se hará más fructífero:

**“Pues tú, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús... Tú pues, sufre trabajos como fiel soldado de Jesucristo... El labrador, para recibir los frutos, es menester que trabaje primero... Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la palabra de verdad” II Timoteo 2: 1, 3, 6, 15.**

También el Señor nos someterá a prueba, a veces severas y dolorosas, para que el don crezca y dé más fruto:

**“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará y todo aquel que lleva fruto, le limpiará, para que lleve más fruto” Juan 15: 2;**

**“En verdad que ningún castigo al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza, mas después da fruto apacible de justicia a los que en él son ejercitados” Hebreos 12: 11.**

Nótese además que los dones naturales también son obra de Dios, de su gracia común, por lo cual los no redimidos deberán dar cuenta de ellos, de su mal uso:

**“Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y tuve miedo y fui y escondí tu talento en la tierra, he aquí tienes lo que es tuyo. Y respondiendo su señor, le dijo: Malo y negligente siervo, sabías que siego donde no sembré y que recojo donde no esparcí, por tanto te convenía dar mi dinero a los banqueros y viniendo yo, hubiera recibido lo que es mío con**

**usura. Quitadle pues el talento y dadlo al que tiene diez talentos, porque a cualquiera que tuviere, le será dado y tendrá más y al que no tuviere, aun lo que tiene le será quitado y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera: allí será el lloro y el crujir de dientes” Mateo 25: 24-30.**

#### **Versículo 8.**

**“Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres”.**

En los versículos 11 al 16, Pablo mostrará que la unidad de los creyentes es compatible con una gran diversidad: No es uniformidad. Pero antes de tratar de la distribución de los dones, se referirá al que los distribuye, porque no podían darse los dones del Espíritu Santo a la Iglesia sin la redención y glorificación de Jesucristo:

**“Y esto dijo del Espíritu Santo que habían de recibir los que creyeren en él, pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no estaba aún glorificado” Juan 7: 39;**

**“Así que, levantado por la diestra de Dios y recibiendo del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” Hechos 2: 33.**

No lo hace directamente, sino mediante una referencia al Salmo 68: 18:

**“Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, tomaste dones para los hombres...” Salmo 68: 18.**

¿Quién dice esto? Dios, mediante su Palabra. La cita no es literal; es más bien, una interpretación que sigue muy de cerca el pasaje original. Pablo conserva el sentido del texto original, pero lo aplica a su propio pensamiento. La cita es una ilustración de “la medida del don de Cristo”, a lo cual acaba de referirse, de modo que es en esa “medida” en la que se concentra el pensamiento del apóstol.

El sentido general del Salmo es victoria y concesión de dones y, en ese sentido, el versículo 18 es el clímax del poema, la expresión sintética o concentrada de todo su contenido.

No es posible determinar de qué hecho histórico específico se trata en el Salmo. Algunos creen que se refiere a la conquista del monte Sión, por David, el emplazamiento de Jerusalem, entonces llamada Jebús, por sus habitantes, los jebuseos. Según esto, el Salmo reflejaría la ascensión de David desde el profundo valle de Cedrón (Kidrón) hacia la alta cumbre del monte Sión, el desfile de los cautivos delante del conquistador, la recepción por éste de los despojos de los vencidos y su dedicación para la construcción del templo, lo

cual, por la morada de Dios allí, traerá bendición a vencedores y vencidos, puesto que el versículo 18 dice:

**Tomaste dones para los hombres y también para los rebeldes, para que habite entre ellos JAH Dios”.**

Sea esto así o no, las ideas básicas de un rey triunfante que sube a un lugar elevado, llevando sus cautivos y de quienes recibe dones que usa a favor de ellos mismos son las ideas del Salmo que Pablo aplica: Cristo se elevó desde la más profunda humillación hasta la altura más excelsa; su victoria le permite edificar la casa de Dios entre los hombres rebeldes.

La forma como Pablo interpreta el pasaje indica que:

- a) Los dones de Cristo a su iglesia provienen del Salvador ascendido o exaltado;
- b) Sus dones son el fruto de su victoria; y
- c) Estos dones son para los hombres.

“Medidlos, primero, por la altura a la que se ha levantado ¡y desde qué profundidad! Medidlo, además, por los despojos que ya ha ganado. Medidlos, también, por las carencias de la humanidad, por las necesidades que él ha suplido. Como él es, así da; como tiene, así da; como ha dado, así dará, hasta que seamos llenos de toda la plenitud de Dios” (Findlay).

a) Los dones de Cristo a su iglesia provienen del Salvador ascendido o exaltado.

Hay que tomar en cuenta la altura donde está, para poder apreciar muy débilmente la riqueza de sus dones.

Cuando “siendo rico”, “se hizo pobre” por amor a nosotros ¡cuán ricos dones nos dio!: Pan a los hambrientos, salud a los enfermos, consuelo a los afligidos, perdón a los pecadores, vida a los muertos. ¿Ha cambiado esto por su exaltación? ( puesto que es tan común entre los hombres que cuando aumenta la riqueza, el corazón se encoja y no quiera dar; que mientras más se tenga para dar; menos se ame el dar; que se olvide a los amigos y hasta a los que ayudaron en los días de pobreza y necesidad). No, el mismo Señor que se humilló, fue el que ascendió y él “es el mismo hoy, ayer y por los siglos”. Pero ahora tiene a su disposición toda la “potestad en el cielo y en la tierra” que le ha sido dada:

**“Y llegando Jesús, les habló, diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”  
Mateo 28: 18),**

por lo cual puede bendecirnos aún más que a aquellos que le trataron aquí en la tierra.

b) Sus dones son el fruto de su victoria (“llevó cautiva la cautividad”)

Esta expresión hebrea subraya la victoria de Cristo. La expresión implica una guerra victoriosa, ¿contra quién? Contra el diablo. Vino para destruir sus obras, para destruir al que tenía el imperio de la muerte:

**“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es a saber, al diablo y librar a los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos a servidumbre” Hebreos 2: 14, 15.**

Vino como el más fuerte, el Omnipotente, para atar al valiente, Satanás y despojarlo de sus posesiones mal habidas (Lucas 11: 21-22). De este modo triunfó sobre todos sus enemigos:

**“Y despojando los principados y las potestades, sacólos a la vergüenza en público, triunfando de ellos en sí mismo” Colosenses 2: 15;**

**“Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” Juan 12: 31.**

Las batallas y combates de esta guerra fueron las tentaciones a las que fue sometido el Señor al comienzo de su ministerio, inmediatamente después de su bautismo y durante todo ese ministerio.

**“Y acabada toda tentación, el diablo se fue de él por un tiempo” Lucas 4: 13,**

su lucha continúa contra los demonios:

**“Y había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, el cual dio voces, diciendo: ¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: el Santo de Dios. Y Jesús le riñó, diciendo: Enmudece y sal de él. Y el espíritu inmundo, haciéndole pedazos, y clamando a gran voz, salió de él” Marcos 1: 23-26;**

**“Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo”. Marcos 5: 7-8:**

**“Y como Jesús vió que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él y no entres más en él. Entonces el espíritu, clamando y desgarrándole mucho, salió...” Marcos 9: 25-26,**

y la enfermedad:

**“Y le traen un sordo y tartamudo y le ruegan que le ponga la mano encima, y tomándole aparte de la gente, metió sus dedos en las orejas de él y escupiendo, tocó su lengua y mirando al cielo, gimió y le dijo: Ephphatha, que es decir: Sé abierto. Y luego fueron abiertos sus oídos y fue desatada la ligadura de su lengua y hablaba bien” Marcos 7: 32-35;**

**“Y corría su fama por toda la Siria y le trajeron todos los que tenían mal, los tomados de diversas enfermedades y tormentos y los endemoniados y lunáticos y parálíticos y los sanó” Mateo 4: 24,**

sus enfrentamientos con escribas y fariseos, su agonía continua y creciente ante la cruz, su agonía en Gethsemaní, su terrible combate en la cruz. Por otra parte, la figura de lenguaje se refiere a la entrada triunfal después de la victoria:

**“Miraba yo en la visión de la noche y he aquí en las nubes del cielo como un hijo de hombre que venía y llegó hasta el Anciano de grande edad e hicieronle llegar delante de él. Y fuele dado señorío y gloria y reino y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron; su señorío eterno, que no será transitorio y su reino que no se corromperá” Daniel 7: 13-14.**

Cristo ganó la victoria en la cruz, porque por su muerte hizo imposible la victoria de Satanás, es decir, que pudiera arrebatarse a Dios a todo el género humano y, específicamente, sus elegidos, y aseguró su condenación definitiva, aunque diferida. Es por eso que Satanás es un enemigo vencido y su lucha actual es completamente desesperada, puesto que no podrá arrastrar a la condenación a ninguno de los elegidos, redimidos por la sangre de Cristo. La resurrección del Señor fue el primer fruto y la garantía de su victoria. Luego ascendió a los cielos con los despojos obtenidos mediante su victoria: la autoridad y poder sobre el infierno y la muerte:

**“Y el que vivo y he sido muerto y he aquí que vivo por siglos de siglos. Amén. Y tengo las llaves del infierno y de la muerte” Apocalipsis 1: 18.**

Ahora por ese poder conquistado a tan alto precio, puede y quiere dar dones a los redimidos, para la edificación de la Iglesia: Efesios 4: 11, 12 y:

**“De manera que, teniendo diferentes dones según la gracia que nos es dada” Romanos 12: 6.**



¿A qué cautivos se refiere? Algunos han creído que a los libertados del pecado o redimidos, por su muerte y resurrección, pero esta idea no está en el texto. En el Salmo 68 se refiere a los enemigos de Israel, vencidos y reducidos a servidumbre. Pablo lo aplica a “los enemigos de Cristo y de su reino, vencidos por su resurrección y su vuelta a la gloria” (Bonnet y Schroeder), es decir, a Satanás y sus servidores, aunque esta cautividad implica la liberación de los elegidos y su sometimiento a Jesucristo.

Esta expresión no se refiere a una liberación literal de prisión o a cambiar la clase de cautividad. Se refiere simplemente a la victoria sobre los enemigos, como vimos. No apoya la idea de “liberación”, como contrario a cautividad, de almas que hubieran estado en el infierno (en el “hades”).

c) Estos dones son para los seres humanos (“dio dones a los hombres”).

En esta frase Pablo cambia la expresión original: “tomaste dones para los hombres”, literalmente: “recibiste dones para los hombres”, por “dio dones...”.

Los críticos negativos han sostenido que esto invalida completamente la doctrina (que para ellos es sólo una teoría) de la inspiración verbal y de la infalibilidad (en el sentido de “sin error”) de las Escrituras, porque dicen que no corresponde ni en el fondo, ni en la forma (o sea, ni en contenido o pensamiento ni en los términos o palabras) al Salmo 68. Dicen que el Salmo no es mesiánico, por lo cual no se refiere a Cristo ni a su obra, ni a sus dones, sino que canta los triunfos de Dios a favor de su pueblo, desde la salida de Egipto hasta su consolidación como reino terrenal, con su capital en Sión.

Pero ese Dios revelado en el Antiguo Testamento, que andaba en medio de su pueblo, que vencía a todos sus enemigos y los ponía bajo su dominio, que tomaba o recibía despojos y tributos de ellos y los dedicaba al bien de su propio pueblo y aun de sus adversarios, ese Jehová del Antiguo Testamento, ese “ángel del pacto” es el mismo Jesús del Nuevo Testamento. En relación con esta afirmación, compárese Isaías 40: 3 con Mateo 3: 3 y Juan 1: 23. Es también la Palabra de Dios (el Verbo) y el Hijo de Dios. De modo que aunque el Salmo no sea específicamente mesiánico, es completamente correcto aplicarlo a Cristo, así como todo el Antiguo Testamento. Esta es la posición que toman todos los escritores del Nuevo Testamento, inspirados por el Espíritu Santo. Así que aplicar a Jesucristo, a su triunfo sobre los enemigos espirituales de su pueblo, el pensamiento del salmista era aplicar correctamente ese pensamiento y mostrar su realización más elevada. En cuanto a la diferencia entre el “recibir” del Salmo y el “dar” de la Epístola hay que tomar en cuenta las circunstancias históricas: entre los orientales, recibir dones implicaba darlos; el conquistador tomaba el despojo de los vencidos para repartirlos entre los suyos: recibiría para dar. Las dos ideas son correlativas y como Pablo se está refiriendo a la “medida del don de Cristo” es natural que destaque lo segundo.

En los versículos 11 y 12, Pablo se referirá detalladamente a estos dones que Cristo da a los suyos y a sus objetivos.

#### **Versículo 9:**

**“(Y que subió ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?”**

Este es un paréntesis que incluye los versículos 9 y 10, destinado a probar que el Salmo 68: 18 se refiere efectivamente a Cristo, puesto que no hay otro que haya bajado del cielo a la tierra y luego vuelto al cielo, sino él. Sin embargo la exposición de este argumento está estrechamente ligado o en completa armonía con los pensamientos que ha estado exponiendo en todo este párrafo.

El versículo 9 subraya y magnifica el triunfo de Cristo, cuya victoria sólo se puede apreciar en toda su grandeza por la profundidad a la cual descendió y por la gloria a la que después fue elevado.

El descenso de Cristo se refiere a su bajar de los cielos y a toda su humillación, para cumplir su obra redentora: su encarnación en el vientre de una virgen; su nacimiento en un pesebre; su desarrollo desde una criatura desvalida hasta ser un niño, un joven y un adulto, velando su divinidad; su vida en el hogar de un carpintero y su propia práctica de ese oficio; el peso del pecado que le rodeaba; la oposición, persecución y burla de los pecadores; y , en fin, su muerte en la cruz y la colocación de su cuerpo en una tumba.

Muchos intérpretes antiguos y modernos, siguiendo el “Credo de los Apóstoles”, creen que la idea aquí es que durante el tiempo que permaneció en la tumba su espíritu estuvo en el infierno. Apoyan esta interpretación en I Pedro 3: 18, 19; en que Pablo usa la expresión “las partes más bajas de la tierra”, donde el comparativo “las partes mas bajas” indicaría el mundo de los muertos, según la concepción judía de que existen cielo, tierra y el mundo de los muertos, situado en las profundidades de la tierra. Pero el pasaje de I Pedro 3: 18, 19:

**“Porque también Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu, en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados”**

se puede interpretar en una forma que no es lo que parece a primera vista, tomando en cuenta de que una posible predicación a espíritus “encarcelados” contradice otros pasajes bíblicos claros, como Hebreos 9: 27:

**“Y de la manera que está establecido a los hombres que mueran una vez y después el juicio”**

y especialmente Lucas 16: 26:

**“Y además de esto, una grande sima está constituida entre nosotros y vosotros, que los que quisieren pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá”.**

Una de muchas interpretaciones posibles es que el espíritu de Cristo estaba en Noé cuando exhortaba a su generación a arrepentirse y a volverse a Dios, para evitar su juicio que venía, de modo que era Cristo quien les predicaba.

En cuanto al uso del comparativo, nótese que lo que Pablo dice es que el hecho de que Cristo ascendió a los cielos implica que antes había descendido a la tierra, de modo que la implicación no incluye un descenso a la morada de los muertos. Además, dos veces se refiere Jesús a este descenso y ascenso en Juan 3: 13 y 16: 28, y en ninguna de las dos hay referencia alguna a ese hipotético descenso al “hades”. Lo más probable es que “las partes más bajas de la tierra” dé énfasis a que el cuerpo de Cristo permaneció desde las últimas horas del viernes hasta las primeras del domingo en una tumba. Esta suprema humillación del que es el “Autor de la vida ¡cómo destaca la altura a la que fue elevado después!

Además coincide con el pensamiento de Hebreos 4: 15 y 5: 8:

**Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas, mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”;**

**“Y aunque era Hijo, por lo que padeció, aprendió la obediencia”.**

La simple autoridad, aun sumada a la omnipotencia, no basta para satisfacer a los seres morales que somos nosotros. Podemos comprender intelectualmente lo terrible que es pasar hambre, por ejemplo, o que se muera un ser muy amado, pero una comprensión plena del hecho sólo podemos tenerla cuando hemos vivido esa experiencia. Así Cristo, no por él, sino para inspirarnos una confianza plena, experimentó su terrible humillación, para que sepamos que tanto por su omnisciencia divina, como por haber experimentado todos nuestros dolores y angustias, amplificados, excepto el pecado conoce nuestra condición y se compadece, por eso, de nosotros. Así que su humillación añadió a Cristo una nueva plenitud “para que en él habitase toda plenitud” (Colosenses 1: 19). Subió, porque antes había bajado, se había humillado, no meramente por la soberanía de su poder, sino también por experiencia directa y comunión de vida (Findlay).

**Versículo 10:**

**“El que descendió, él mismo es el que también subió sobre todos los cielos para cumplir todas las cosas)”.**

Así como el versículo anterior pone el acento sobre la humillación de Cristo, éste lo coloca sobre su triunfal ascensión o regreso a su hogar celestial.

La expresión “sobre todos los cielos” utiliza un lenguaje común entre los judíos de la época. Ellos creían en la existencia de siete cielos, el primero de los cuales era la atmósfera de la tierra y el séptimo, la morada de Dios por excelencia, aunque él es omnipresente. Pero no significa que Pablo lo creyera. Es un lenguaje metafórico, para decir que el Señor ha sido exaltado sobre todos los cielos que existan o puedan imaginarse, es decir, ha sido objeto de la mayor exaltación posible:

**“Porque tal pontífice nos convenía: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos” Hebreos 7: 26.**

Afirmamos esto porque así como el comparativo “las partes más bajas de la tierra” del versículo 9 no se refiere al infierno en comparación con la tierra, sino a la extrema humillación de Cristo, cuyo punto más bajo son su muerte y sepultura, así también, paralelamente, “sobre todos los cielos” no indica una comparación entre el más alto cielo y alguno o algunos otros que pudieran existir.

Quien fue objeto de esta exaltación suprema fue el mismo que se había humillado hasta la muerte y muerte de cruz. La exaltación a que aquí se hace referencia no es a la persistencia o al triunfo de una idea abstracta, fruto de la mente humana. Este hecho nos garantiza que así como Cristo bendijo maravillosamente a cuantos se allegaron a él durante su ministerio terrenal, así también (y con mayor razón, por cuanto está dotado ahora de todo poder en el cielo y en la tierra) bendecirá abundantemente a todos los que por fe le hemos aceptado como nuestro propio Salvador. Por lo tanto, **NO HAY LÍMITE PARA ESTAS BENDICIONES.**

Esta suprema exaltación de Cristo tuvo un objetivo señalado por la preposición “para”. Este objetivo fue el cumplimiento “de todas las cosas”. Cristo fue exaltado así “para que pudiera llenar el universo con las bendiciones de su gobierno benefactor y para que pudiera dar a su iglesia toda la gracia necesaria” (Erdman), para su existencia, su obra, supervivencia y triunfo final, como también para que se consumaran los propósitos de su reino, para perfeccionarlo y completarlo en el cielo y en la tierra (Lacy).

El pensamiento central es la ascensión triunfal de Cristo, en relación con la concesión por su parte de los dones que necesita su Iglesia: Quedé especialmente capacitado para darlos por su suprema exaltación y a soberanía correspondiente, que recibió después de su triunfal combate a muerte con Satanás y sus fuerzas del mal.

#### **Versículo 11:**

**“Y él mismo dio unos, ciertamente apóstoles, y otros, profetas, y otros, evangelistas, y otros, pastores y doctores”.**

Como aquí el apóstol retoma el pensamiento del versículo 8: “dio dones a los hombres”, se esperaría tal vez que diera una lista de diversos dones, pero en lugar de esto Pablo da algunos ejemplos de personas y oficios en la iglesia. La razón es que estos dones incluyen los cargos que él ha instituido en la iglesia, los hombres para que los desempeñen y los dones del Espíritu, sin los cuales todo lo demás sería inútil. Toca a la iglesia reconocer a los hombres que el mismo Señor Jesucristo ha dado y ponerlos en su oficio. Nada más dañino y destructivo para la iglesia, sea en su expresión unitaria mayor, sea en las congregaciones locales o particulares, poner en un oficio a quien el Señor no ha dado para ello. Esto puede ocurrir cuando intereses meramente humanos, a menudo asociados a una acción propagandística de tipo similar a la política del

mundo, se sobreponen a la voluntad de Dios. Se procede entonces por simpatía personal, por razones familiares, por espíritu de grupo, por lo cual el reconocimiento de los que Cristo ha dado ya no cuenta para nada. Por eso, cada vez que la iglesia debe designar personas para un oficio o un cargo debe hacerlo con máxima prudencia y reverencia, dándose el tiempo necesario, sin apresuramiento, y con ferviente oración para que el Señor lo guíe todo efectivamente. Esto requiere de cada creyente que tiene derecho a votar en la elección, ante todo, una conciencia clara y firme de que es un instrumento en las manos de Dios y que su voto no debe expresar su propia voluntad, sino la del Señor, por lo cual no debe actuar liviana, ni despreocupadamente, sino con mucha y sincera oración y reflexión y aún investigación e información.

Lo anterior impone sobre todo votante que es y quiere ser un fiel hijo de Dios, primeramente, que no se dedique a promover un candidato de su predilección, procurando influir en los demás votantes y, en segundo lugar, que no se acepte influencias de nadie, sino sólo del Señor. Esto no excluye el conversar y cambiar ideas con otros sobre alguna persona que podrá ejercer el oficio o cargo, con el fin de informarse y tener una visión más amplia, siempre que cuidemos mucho de no hacerlo para influir en la decisión de los demás, ni de dejarnos influir indebidamente por las opiniones de otros. Ser miembros en plena comunión de una iglesia local o de algún tribunal superior es un gran privilegio y, por eso, conlleva, entre otras, la grandísima responsabilidad de ser una persona absolutamente dependiente de Dios e independiente, en lo que corresponde, en lo justo, de los demás. Lo básico aquí es que es Cristo quien DA a los que deben ejercer cargos u oficios en la iglesia y que el papel de la iglesia es meramente reconocerlos y ponerlos en el cargo u oficio.

La lista que viene a continuación contiene sólo algunos ejemplos. No pretende ser completa, puesto que, por ejemplo, no incluye a los diáconos, oficio común en las iglesias cuando se escribió esta carta, por lo cual no excluye muchos otros cargos, oficios y ministerios que las iglesias han considerado necesarios a través de los tiempos y de variadas circunstancias.

### **“Ciertamente apóstoles”.**

Nada hay en el original que justifique este “ciertamente” de nuestra traducción castellana.

La palabra “apóstol” significa literalmente “uno que es enviado como mensajero o agente o un comisionado”. En sentido estricto, técnico, designa exclusivamente a un testigo de la resurrección de Cristo, nombrado directamente por él y con su poder de obrar milagros, por lo cual incluye a “los doce” y a Pablo y a nadie más. Tampoco existe ni el menor vestigio en la Biblia acerca de que el oficio fuera a ser ni permanente, ni transmisible. Estos hombres fueron designados para fundar la Iglesia, por lo cual son propiamente su fundamento como vimos en 2: 20. Cuando este fundamento quedó establecido y la revelación terminada, es decir cuando se acabó de escribir la Biblia, sus funciones específicas quedaron completas y el oficio cesó, por no ser ya necesario. Lo mismo puede decirse de los profetas. Los demás oficios, como veremos, por su misma naturaleza, son permanentes.

En un sentido mas amplio, el término “apóstol” incluye a otros hombres que estuvieron estrechamente asociados con los apóstoles, como Bernabé y

Jacobo, el hermano del Señor, pero en el sentido propio de testigo de la resurrección, ya no existen apóstoles de ninguna clase.

### **“Y otros, profetas”.**

Profeta es uno que habla por otro. En el Nuevo Testamento se trataba de personas que recibían revelación divina acerca de diversos asuntos, por lo cual eran inspirados. A veces predecían el porvenir, como Ágabo (Hechos 11: 28; 21: 10, 11), pero usualmente edificaban, exhortaban y consolaban (I Corintios 14: 3). Lo fundamental era la inspiración directa del Espíritu Santo:

**“Porque a la verdad, a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu”.**

En buena medida, su función se asemejaba a la de los predicadores actuales, pero el predicador moderno debe ser iluminado por el Espíritu Santo, pero nunca es inspirado. En sentido estricto el oficio profético terminó al completarse las Sagradas Escrituras, porque ya no se necesita una revelación especial para cada nuevo problema que surja, puesto que la Biblia está completa y es el medio dado por Dios para revelar su voluntad a su pueblo:

**“Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te puedes hacer sabio para la salud por la fe que es en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra” II Timoteo 3: 15-17,**

evitando así todos los peligros envueltos en revelaciones particulares a ciertas personas.

Especial cuidado debe ponerse en no dejarse engañar por “profetas” que pretenden tener ahora revelaciones especiales, pues todos ellos son falsos. Si sus revelaciones fueran genuinas serían inspiradas por el Espíritu Santo y, por eso, deberían ser agregados a la Biblia. Pero el mismo Espíritu Santo dice que nada más se le puede agregar y él no se contradice jamás. El hecho de que la Biblia es inspirada por el Espíritu Santo y es nuestra única regla de fe y conducta, excluye completamente toda otra profecía divinamente inspirada.

También debe rechazarse enérgicamente el uso engañoso que los ecuménicos y los teólogos de la liberación hacen del término, hablando de la “misión profética” de la iglesia, con el cual quieren expresar la responsabilidad que, según ellos, tiene de derribar y cambiar las estructuras sociales y promover la revolución, denunciando la opresión y la injusticia. La misión de la Iglesia, entre otras, es la evangelización, que combate la opresión, la injusticia, la miseria, etc., por el cambio interior, por el nuevo nacimiento, por el poder de Dios. El derribamiento y cambio de estructuras sociales es un cambio exterior, que suele substituir una opresión por otra, una injusticia por otra, debido a que no hay cambio del corazón. Ese cambio sólo puede lograrlo en forma efectiva

el evangelio sinceramente creído y aceptado. El evangelio es el que suscintamente se declara en 2: 8-9.

### **“Y otros, evangelistas”.**

Evangelista es uno que anuncia las buenas nuevas. En general, cada creyente debe ser un evangelista, pero aquí se usa en sentido técnico, para referirse a obreros que iban de uno a otro lugar predicando el evangelio, especialmente en lugares donde no había iglesias establecidas. La Escritura describe en detalle parte del trabajo de uno de estos evangelistas, en el caso de Felipe:

**“Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo... mas cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres... Empero el ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: Levántate y ve hacia el mediodía, al camino que desciende de Jerusalem a Gaza, el cual es desierto... Y acudiendo Felipe, le oyó que leía el profeta Isaías y dijo: Mas ¿entiendes lo que lees?... Entonces Felipe, abriendo su boca y comenzando de esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús” Hechos 8: 5, 12, 26, 30, 35.**

Otros eran estrechos colaboradores de los apóstoles, como Timoteo y Tito. En general, corresponden a nuestros actuales misioneros.

El ministerio de evangelista es permanente, por su misma naturaleza. El evangelista debe tener un especial don de persuasión, sea en la predicación, sea en la obra personal y un genuino y probado amor por las almas, para evitar la tentación de dedicarse a un trabajo que, realizado livianamente, es mucho más fácil y sin compromiso que el de un pastor. En mucho, el trabajo del evangelista depende de los pastores, porque si estos no continúan la obra iniciada por el evangelista o no cuidan de las almas ganadas, la labor del evangelista puede ser casi inútil, por lo menos en lo que toca a una determinada iglesia local. El evangelista tiene la responsabilidad de sembrar o plantar, pero se necesita otro que riegue (I Corintios 3: 5-7).

La obra del evangelista es muy útil cuando es realizada en respuesta a un verdadero llamado de Dios y no debe ser menospreciado por el hecho de no ser independiente. En las iglesias pequeñas y económicamente débiles, por necesidad deben asociarse en una misma persona el ministerio de evangelista con el de pastor, aunque requieren talentos muy diferentes.

Los apóstoles, profetas y evangelistas ministraban a toda la iglesia, no estaban ligados a una determinada congregación local. En cambio, los pastores y doctores se caracterizaban por ministrar precisamente a una iglesia local determinada.

### **“Y otros, pastores y doctores”.**

La palabra traducida “doctores” es “didáskalo”, lo que significa, estrictamente, “maestros”.

La mayoría de los intérpretes modernos coinciden en que aquí no se trata de dos ministerios separados, sino de dos funciones que debe cumplir el mismo oficial, debido a que no hay separación entre los términos. No dice: otros, pastores, y otros, doctores o maestros.

Los pastores son aquellos oficiales, llamados por el Señor, que gobiernan y enseñan. Hay oficiales cuya responsabilidad exclusiva es gobernar. Son nuestros ancianos gobernantes o presbíteros. Sin embargo, es extremadamente común que las funciones de gobierno y de enseñanza se unan en una misma persona, aunque no sea ordenada como ministro o pastor:

**“Los ancianos que gobiernen bien sean tenidos por dignos de doblada honra, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar” I Timoteo 5: 17.**

Sólo en este pasaje y en Hebreos 13: 17 estos oficiales son llamados “pastores”. Si se compara este pasaje con Hechos 20: 28:

**Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual ganó por su sangre”;**

y con **Filipenses 1: 1:**

**“Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos que están en Filipos, con los obispos y diáconos”**

y especialmente, con las epístolas a Timoteo y a Tito, se notará que “pastor” es sinónimo de “obispo” o “supervisor”, lo cual significa que el obispo no es un oficial diferente y superior al pastor, sino uno y el mismo oficio. Este oficio es el de “gobernar”, es decir, el de guiar o conducir al pueblo de Dios; ejercer la disciplina que incluye la exhortación, la amonestación, la censura y la exclusión de la comunión, temporal o permanentemente; y administrar la obra del Señor, lo que incluye planificar, realizar, controlar, evaluar y registrar actividades y sus resultados, que permitan cumplir los objetivos espirituales de una iglesia local. Por eso el pastor tiene que ser un dirigente, uno que sirve de inspiración y ejemplo y hasta, restringidamente, de modelo a la congregación. También le es esencial, para ser un buen pastor, ser un administrador eficiente. Es especialmente en esta cualidad en la que se diferencia el pastor del evangelista. Estas cualidades deben ser “espirituales”. Una persona puede tener las cualidades de un pastor en forma “natural”, pero no puede ser pastor si no es llamado por el Señor para serlo y si esas cualidades no son dedicadas a su servicio, reforzadas por él, si sólo existen naturalmente, o si no existen. No se olvide que estos pastores, así como lo demás oficiales son UN DON DE CRISTO PARA LA IGLESIA.



Aunque no se use sino dos veces el título de “pastor” para designar estos oficiales, la idea involucrada en este término es abundante en el Nuevo Testamento:

**“Por tanto mirad por vosotros y por todo el REBAÑO en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para APACENTAR la iglesia del Señor...” Hechos 20: 28;**

**“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos y testigo de las aflicciones de Cristo, que soy también participante de la gloria que ha de ser reveladas APACENTAD la grey de Dios... Y cuando apareciere el Príncipe de los PASTORES, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” I Pedro 5: 1, 4.**

El título se deriva naturalmente del hecho que Jesús es “el buen pastor” (Juan 10: 11 y todo el capítulo, hasta el versículo 18 y versículos 26 al 29), en contraste con los malos. Pedro también le llama “Pastor y Obispo” (I Pedro 2: 25).

Ahora bien, puede haber oficiales cuyo ministerio sea exclusivamente el de gobierno, como hice ver más arriba. El pastor debe añadirle el de enseñar, puesto que su trabajo requiere que conduzca a la grey a una plena madurez espiritual y eso requiere, ineludiblemente, la enseñanza. El pastor tiene también que instruir y guiar en lo espiritual; debe enseñar las verdades religiosas o, mejor, espirituales, contenidas o reveladas en la Palabra de Dios. Por eso, todo pastor debe ser apto para enseñar y debe cultivar aquellas cualidades que caracterizan al buen maestro. Entre ellas es esencial un conocimiento amplio y profundo de las Escrituras, que no se puede obtener sin estudio esforzado, permanente, prolongado, reflexivo, con fe y amor. En caso contrario no tendrá qué enseñar. Un pastor ignorante de la Biblia será un mal pastor, aunque sea excelente gobernante.

Al terminar esta enumeración de dones de Cristo a su Iglesia en la forma de hombres dotados de ciertos talentos espirituales, recordemos e insistamos que esta no es una lista completa, sino sólo algunos ejemplos, no sólo porque faltan los diáconos, que ya existían en las iglesias a las cuales se dirige esta carta, sino porque, al cambiar las circunstancias, el Señor ha ido dando otros ministerios adecuados a las condiciones cambiantes en las cuales se desenvuelve la Iglesia, como, por ejemplo: mártires, misioneros, poetas, músicos, escritores, arquitectos, ingenieros, abogados, estadistas, pensadores, teólogos, eruditos, científicos, periodistas, filántropos, médicos, enfermeras, etc.

Ejemplos notabilísimos de estos hombres, que son dones de Cristo para su Iglesia han sido: Pablo, Agustín, Huss, Wycleff, Lutero, Calvino, Knox, Wesley, J. Gresham Machen, Carl McIntire, Baudilio Saavedra, etc.

En cada época, incluida la nuestra, el Señor le da a su Iglesia los hombres adecuados y necesarios, pero no sólo grandes hombres, sino también incontables millones de cristianos comunes, anónimos, que cumpliendo

fielmente la tarea encomendada por su Señor, han sostenido y hecho progresar a la Iglesia.

Vivimos en los tiempos más difíciles que ha enfrentado la Iglesia durante toda su historia. Sin duda que Cristo le está dando y le dará los dones adecuados a las circunstancias en la forma de hombres y mujeres dedicados enteramente a él y a su causa ¿somos nosotros algunos de esos dones?

### Versículo 12.

**“Para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo”.**

Debido a que los versículos 7 y 16 se refieren a la participación de todos los santos en la edificación de la iglesia y a que la primera preposición traducida “para” no es la misma en el original griego que la segunda y tercera (que son iguales) parece preferible parafrasear este versículo de la siguiente manera: “Con el fin de que los santos sean perfeccionados y así todos ellos puedan realizar la obra del ministerio y edifiquen el cuerpo de Cristo (o también: “para perfección de los santos en la obra del ministerio y en la edificación del cuerpo de Cristo).

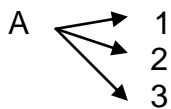
La traducción en la Reina-Valera 1909, de acuerdo a la interpretación de muchos comentaristas significa que los hombres con capacidades especiales (ministros) dados por Cristo a la iglesia(A) tienen tres objetivos paralelos:

- 1) La perfección de los santos;
- 2) La obra del ministerio; y
- 3) La edificación del cuerpo de Cristo.

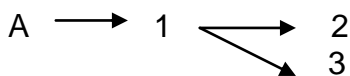
Sin embargo, parece más conforme con el original la idea de que los ministros dados por Cristo a la iglesia tienen un solo objetivo, que es la “perfección de los santos”, y que estos santos perfeccionados por medio de esos ministros, a su vez, queden capacitados “para la obra del ministerio” y “para la edificación del cuerpo de Cristo”.

El siguiente esquema ilustra lo anterior:

- Según Reina-Valera 1909:



Según el sentido más probable:



Entonces:

Todos los ministerios mencionados en el versículo 11 y todos los no mencionados, correspondan a la Iglesia Primitiva o hayan sido dados posteriormente, tienen por objeto “la perfección de los santos”. “Santos” son todos los efectivamente redimidos y salvados, es decir, los elegidos que han aceptado a Cristo verdaderamente como su Salvador. Son santos porque están apartados del resto de los seres humanos para el servicio de Cristo, como ya vimos. Pero aunque todos son igualmente santos, por lo ya dicho, no todos son igualmente desarrollados en la vida cristiana, todos son nuevas criaturas que están desarrollándose desde una condición de “recién nacidos” hacia una completa madurez, que alcanzarán sólo cuando Cristo venga a buscarlos o a resucitarlos:

**“No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto, sino que prosigo, por ver si alcanzo aquello para lo cual fui también alcanzado de Cristo Jesús. Hermanos, una cosa hago, olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús” Filipenses 3: 12-14.**

Por eso deben ser perfeccionados. No es la salvación la que necesita ser perfeccionada, porque ella es un don perfecto del Padre, que se tiene o no se tiene. Cristo la ganó y mereció para nosotros y a su obra perfecta nada hay que añadirle, es decir, no puede ser mejorada. Lo que hay que perfeccionar, completar o desarrollar es nuestra vida cristiana, nuestra madurez espiritual, nuestro conocimiento experimental de Dios, la aplicación efectiva de su Palabra a nuestra vida o conducta diaria. Para obtener ese perfeccionamiento dio los diferentes ministros, que, como instrumentos del Espíritu Santo, son usados con ese propósito de perfeccionamiento o de maduración espiritual. Son , entonces, todos los santos, todos los cristianos verdaderos, los que tienen que ser perfeccionados y no sólo una clase especial privilegiada.

De modo que todos los ministros, en el sentido especial usado en el versículo 11, deben guiar, instruir, estimular, dar el ejemplo, exhortar y animar a todos y cada uno de los creyentes con oración, para que sean, a su vez, ministros o servidores, en el sentido amplio del término. Esto es lo que se llama el “sacerdocio universal de los santos”. El servicio, a que todos somos llamados, significa acción, pero acción amorosa, abnegada. Es negarnos a nuestro egoísmo natural, para darnos, para ser un motivo de bendición para los demás.

Así funcionó la Iglesia Primitiva, pero con una forma de gobierno muy flexible, cuya única norma invariable fue buscar lo que mejor sirviera para conservar y desarrollar la energía espiritual del cuerpo de Cristo (Findlay).

Es mediante este servicio abnegado y amoroso, en el cual todos los creyentes van creciendo constantemente, que se edifica el cuerpo de Cristo.

Es evidente que la expresión “edificación del cuerpo de Cristo” se refiere a la construcción de un edificio. Como el “cuerpo de Cristo” es el conjunto de todos los elegidos a quienes Cristo redimió por medio de su sangre derramada y quienes con toda seguridad llegarán a aceptar el evangelio efectivamente durante su vida terrenal o, en el caso de los incapaces de creer, les serán imputados los méritos de Cristo para su segura salvación, sin fe personal, esta

edificación incluye la completación, el crecimiento y desarrollo y la unidad de ese cuerpo.

La completación se refiere a la agregación progresiva de las piedras vivas que componen este edificio o cuerpo, es decir, a la salvación efectiva de los elegidos, lo que requiere, por voluntad divina, que cada salvado sea un misionero y un evangelista que predique el evangelio sin cesar, sin perder ni una sola oportunidad. Esta “edificación” es muy lenta cuando sólo algunos ministros especiales se ocupan de este trabajo y uno que otro creyente que tiene consciencia de su responsabilidad, pero es muy acelerada cuando todos y cada uno de los creyentes sabe que es un misionero, siente el peso de su responsabilidad y anuncia efectivamente el evangelio. Lo más probable es que esta es casi la única razón por qué muchas iglesias pentecostales crecen rápidamente. Nuestro mejor conocimiento de las Escrituras no debe ser un obstáculo, sino una mejor y potente razón para que trabajemos entusiasta, abnegada y constantemente en esta edificación. ¡Levantémonos TODOS, como uno solo, con las “herramientas en la mano, con el poder y gracia del Espíritu Santo, que tenemos desde que creímos, con amor, fe y acción y tengamos ánimo para edificar, es decir, para evangelizar, para traer a los perdidos a los pies de Cristo! ¡Cómo nos gozaremos con la rica cosecha que producirá una siembra abundante!

**“Esto empero digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará” II Corintios 9: 6.**

Veremos aumentar el número de creyentes que forman la iglesia, la veremos extenderse por todas partes.

Lo anterior no significa que cada creyente tenga que abandonar las responsabilidades ordinarias de la vida para dedicarse enteramente al ministerio, sino que, sin descuidar sus responsabilidades terrenales justas, debe aprovechar toda oportunidad para anunciar el evangelio y ganar almas para Cristo.

La edificación incluye también el crecimiento y desarrollo de cada creyente que compone el cuerpo y esta es una responsabilidad personal, que se produce por medio del estudio devocional de la Biblia, la oración, el trabajo para el Señor, la asistencia asidua a la iglesia (para participar con el cuerpo, la mente y el alma), la participación con fe en los sacramentos, el diezmo, etc. También es una responsabilidad colectiva: Cada uno es “guarda de su hermano”; es responsable de mantener la paz de la iglesia:

**“Por tanto, si tu hermano pecare contra ti, ve y redargúyete entre ti y él solo: Si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo uno o dos, para que en boca de dos o de tres testigos conste toda palabra. Y si no oyere a ellos, dilo a la iglesia y si no oyere a la iglesia, tenle por étnico (extranjero, no cristiano) y publicano (muy pecador)” Mateo 18: 15-17;**

debe amar sinceramente a todos sus hermanos y contribuir con su testimonio, ejemplo, consejo, enseñanza, amonestación, reprensión, advertencia, exhortación, experiencia, etc., al crecimiento y desarrollo espiritual de los demás:

**“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como os he amado, que también os améis los unos a los otros” Juan 13: 34;**

**“Así que, los que somos más firmes debemos sobrellevar las flaquezas (debilidades) de los flacos y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en bien, a edificación,... Por tanto, sobrellevaos los unos a los otros, como también Cristo nos sobrellevó, para gloria de Dios” Romanos 15: 1, 2, 7;**

**“Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros y cumplid así la ley de Cristo” Gálatas 6: 1, 2;**

**“También os rogamus, hermanos, que amonestéis a los que andan desordenadamente, que consoléis a los de poco ánimo, que soportéis a los flacos (débiles), que seáis sufridos para con todos” I Tesalonicenses 5: 14;**

**“Habiendo purificado vuestras almas en la obediencia de la verdad, por el Espíritu, en caridad (amor) hermanable, sin fingimiento, amaos unos a otros entrañablemente de corazón puro... Y finalmente, sed todos de un mismo corazón, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables, no volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino antes, por el contrario, bendiciendo, sabiendo que vosotros sois llamados para que poseáis bendición en herencia” I Pedro 1: 22: 8-9; etc.**

Esto es lo que se desprende de los versículos 7 y 16 y también de I Corintios 12: 6, 12, 25-27:

**“Y hay repartimiento de operaciones, mas el mismo Dios es el que obra todas las cosa en todos... Porque de la manera que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, empero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un**

**cuerpo, así también Cristo... Para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se interesen los unos por los otros, por manera que si un miembro padece, todos los miembros a una se duelen y si un miembro es honrado, todos los miembros a una se gozan, pues vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros en parte”.**